

N°35 Febrero 2025

A nadie importa si tú estás de acuerdo o no, importa si aguantas la inminencia de la ola, si se borra hasta el recuerdo de ti o si vives, unas horas.

Jaime Rodríguez Maté



En este número

DELIA A. LEONELLI RIVAS
HUYENDO DE SÍSIFO
JULIANA QUIMBAYO SUÁREZ
ELENA BRAVO DELGADO
MARKOS MANCHADO MATEOS
GUILLERMO CASO MATA
JOSÉ DE LA CONCEPCIÓN
EL RINCÓN DE CRISTIANE
MARCOS LOZANO
ALEJANDRO PEÑA SEPÚLVEDA
VOLADOR DE PAPANTLA I.
PEDRO PÉREZ
ISIDORO GUIDROBROS
ADRIÁN REYES ROSALES
ERICA LORENA PEÑAFIEL
JESÚS QUINTANILLA OSORIO
VICTORIA ACHÉ
KATERINA FRIAS HIDALGO
ANDRÉS TORO
BÁRBARA MUÑUMER
LUIS ORÓSTICA M.
JORGE ETCHEVERRY
TEQUERUCHO DE MONTIJO





“Ese sueño”

Delia A. Leonelli Rivas

Iba en el asiento trasero del auto, justo por detrás del piloto. El viaje era largo, así que me dispuse en posición para poder dormir y descansar un rato. Comencé soñando normal, me quedé dormida con los audífonos puestos, a un volumen bastante bajo para lo que yo estoy acostumbrada, entonces mi música era como si fuera parte del sueño.

Pero todo eso era como si estuviera en segundo plano, casi como música de ascensor, de fondo. Recuerdo que desperté por unos segundos, mire la hora y sólo llevada cuarenta minutos dormida, decidí que muy poco tiempo, así cambie mi posición y volví a cerrar los ojos. Bueno, aquí es donde mi sueño comenzó. Se trataba en un principio, (por lo que tengo entendido), de un viaje donde iba mi papá, la Rocío, su pareja y yo. Ni idea de a donde íbamos. La cosa es que, en mi sueño, yo me acomodé para dormir. Casi tal cual como lo había hecho en la vida real un rato antes. Yo, más en el fondo, aún como que sentía a los demás conversar. Llegó el punto donde los chicos tenían que bajar y supongo que irse a su casa. Los sentí despedirse, pero, aun así, yo dormida, no desperté.

Recuerdo que, dentro del sueño, comencé a soñar con mi tata, no se que cosas en específico, pero son esos sueños donde tu sientes lágrimas caer por tus ojos. Y yo sentía la angustia en el pecho al estar recordando cosas con él. No sé si eran cosas tristes, lo que me pudo haber dado pena, o cosas buenas que me dieron algo así como melancólica, o bien simplemente estaba soñando cosas malas que me dejaron muy mal.

Recuerdo que empecé a sentir (todo esto mientras yo en mi sueño estaba soñando), los típicos síntomas de la crisis de pánico. La respiración agitada, el pecho apretado, eso de “me voy a morir”, sentía un fuego en las piernas y en mis brazos que nunca había sentido, era una sensación de calor tan fuerte, que sentía que me estaba quemando. Paralelamente, empecé a sentir que no me podía mover, y como que, en mi sueño, empecé a notar que el sueño que estaba teniendo me estaba complicando, entonces fue como, “ya, tengo que despertar. ¡Despierta!”.

Y en esa vida real de ese sueño, era como si yo me viera por fuera, o fuera esa otra Antonia viendo a la Antonia que estaba soñando. Cuando ya quería despertarme, fue cuando me di cuenta de que no me podía mover. Era como si mis brazos, piernas, cuello y prácticamente mi cabeza estuvieran amordazadas al asiento. Lo único que yo sentía que se movía, eran mis ojos y mi boca, y así lo sentía porque yo veía que podía ver como se estaba reflejando la angustia y el miedo en mi cara.

Aquí fue cuando empecé a sentir algo extraño en mi pecho. Yo conozco la angustia, pero esta era diferente. Sentía como si algo estuviera haciendo presión en mi pecho. Yo sé que no había alguien o algo haciendo eso, porque técnicamente yo lo estaba viendo, pero la sensación era como si alguien

estuviera haciendo fuerza, como cuando quieres abrir una puerta con los brazos y usas todo el cuerpo, dándolo todo para poder abrirla. Yo eso sentía eso mismo, pero en mi pecho.

Recuerdo que ahí ya estaba asustada, y yo empecé a ver como la Antonia que estaba sintiendo eso, ahí sentada, comenzó a tener esa crisis de pánico que estaba teniendo en el sueño, ahí mismo sentada y durmiendo. Empecé a ver como el miedo llegaba a mi rostro, los ojos arrugados, la boca tratando de hablar y no podía. Yo seguía con la música en mis oídos, por ende, no escuchaba casi nada de afuera, pero si podía ver lo que pasaba, veía a mi papá manejando, veía los autos como afuera, etc. Recuerdo que mi papá empezó a escuchar mi respiración agitada y me empezó a mirar por el retrovisor, veía que me estaba hablando, y yo no me podía mover entonces no hacía nada más que seguir con la respiración agitadísima y las lágrimas cayendo.

En algún momento que la verdad no tengo muy claro cuando, logré cómo abrir los ojos. Lo raro aquí es que cuando yo tenía los ojos cerrados, sentía que mi papá estaba asustado tratando de cachar que mierda me estaba pasando atrás. Pero fue como si cuando yo abrí los ojos, hubiera vuelto a cuando él no se había dado cuenta, yo seguía igual, con la respiración agitada y bla, pero sin que él lo notará. Y comenzó a darse esa dinámica.

Ojos cerrados = papá preocupado.

Ojos abiertos = papá sin notarlo.

Cuando tenía los ojos cerrados, en la preocupación de mi papá, el mientras me estaba tratando de hablar o hacer despertar, sentía que llamaba a la Rocío para decirle, y yo pseudo escuchaba que le decía, "está respirando así... Le hablo y no responde... Etc". E insisto, cómo que pseudo escuchaba que la Rocío le decía algo, y llegaban a la conclusión de que ella trataría de llegar al auto (la wea absurda porque íbamos andando). Aquí recuerdo que cuando caché eso, me aumentó tanto la desesperación y el miedo, porque paralelo a estos recuerdos con mi tata, pensaba, "Pero papá, para en alguna parte y despiértame". Porque yo sentía (en alguna parte de mi mente esto tenía sentido) que si me tomaba y me sacudía yo iba a despertar. Pero jamás escuché que eso era una opción, o al menos que estuviera en la conversación. Lo que me desesperó más todavía.

No sé cómo, o en qué momento, o cuánto tiempo pasó, pero de alguna forma, sentí que esto empezó a atravesar (por así decirlo) el plano de la realidad, porque empecé a sentir que estaba la crisis como en la Antonia real. No fue tan así. Sentía el miedo, sí. Sentía la respiración un poco agitada, sí. Sentía la angustia, sí. Pero no lo sentía como la típica crisis, o no a ese nivel al menos.

En algún punto, ni idea de cuál. Logré integrar que yo, la Antonia real, estaba en un sueño, y que todo eso estaba pasando en mi mente. Aquí intenté despertar. Aquí fue cuando me di cuenta de que en mi plano de realidad, tampoco podía moverme.

Creo que fue en este punto, cuando logré cachar que lo que estaba soñando, no era tan alejado de la realidad. Aquí entiendo que ya había salido totalmente del sueño, porque, además, sentía la música como real, tenía esa sensación de haber soñado horrible, como cuando despiertas de eso, y sientes el cuerpo como mal, como cortado. Bueno, así me estaba sintiendo. Pero a eso tenía que sumarle que no me podían mover, no podía hablar y empecé a sentir la respiración más agitada.

Me pasó algo extraño, que fue paralelo a esta bajada a la realidad. Relacionado a la música que estaba escuchando, más bien al nivel de volumen que tenía en mis oídos. Porque cuando estaba en esta transición de reconocimiento, tenía, por así decirlo, un 3 en nivel de volumen, y cuando ya logré

reconocer que tenía como que salir de esa sensación, el volumen subió a 5 o 6, pero fue como todo automático o instantáneo.

Recuerdo que mi despertar fue demasiado rápido. Recuerdo identificar ese proceso de reconocimiento, sentir el bajo volumen, intentar moverme, la desesperación, el "click" del volumen más alto, y la fuerza que tuve que hacer para poder levantar la cabeza y mi cuerpo del asiento tan rápido y fuerte. Que cuando caí en la realidad de ir en el auto, con mi papá y la Marce, el diciéndome que ya estábamos por llegar a la siguiente copec, fue como si algo hubiera vuelto a mi cuerpo, algo que la verdad no sabía que había salido.

Me tomé unos segundos, o quizás minutos la verdad, para reconocer dónde estaba, en literal medio de la nada, pero no estaba en ese sueño. Me saqué los lentes, me tomé la cara, y sentí las lágrimas que tenía en los ojos. Sentía el cuerpo mal. Lo tenía como cortado. Como ajeno. El calor que tenía era demasiado. Sentía aún los rastros de la sensación de opresión en el pecho, lo que yo pensaba que era parte del sueño, que no podía sentirlo ahora, porque técnicamente eso no pasó. Estaba ahí. Si, fue un sueño. Pero creo que eso superó cualquier sensación que haya tenido en respecto a este tema antes.

Quedé con una sensación extraña. Nunca había experimentado algo así. Cuando ya tuve los pies en la tierra lo único que quería era quitarme ese calor. Me fui casi corriendo al baño. Metí las manos al agua fría, y recordé lo que les suelo decir a mis pacientes cuando se sienten superados por la ansiedad. Así que creo que por primera vez seguí mi propio consejo. Y hundí lo más que pude de mi cara y cuello al agua fría. En los brazos fue la misma historia. Y mi deseo de sumergirme completamente en esa fría agua sólo era frenado porque me encontraba en un baño público, dónde miles de personas viajeras buscan un refugio de las largas horas de travesías. Así que opte sólo por mantenerme más tiempo en el agua.

Nunca había sentido esa correlación de tanta pena, pero como si fuera algo malo. Cómo si me hubiera hecho mal recordar a mi tata. Creo que la conclusión es solo que ya tengo que ir a visitarlo a su lugar de descanso.

Con voz de Mujer

Visite la web del editor escritordaniel.es

Editorial**Huyendo de Sísifo**

Es conocido y muy citado para los asuntos humanos, su esfuerzo y su porfía, el mito de Sísifo, condenado a subir una roca hasta lo alto de una montaña y dejarla caer para volverla a levantar otra vez a lo alto y así por toda la eternidad. Sin duda refleja muy bien el esfuerzo sin sentido de muchos afanes humanos.

La generación que se está yendo admitía el trabajar cuarenta años y el tener una pareja de por vida. Ahora, con un cada vez más cuestionado contrato social, los jóvenes se plantean las cosas de otro modo, forzados sobre todo por la precariedad en el empleo y los bajos salarios, muchas veces a pesar de tener un montón de títulos académicos, masters y cursos por doquier,

para al final alcanzar un trabajo que poco tiene que ver con lo que estudiaron y que desde luego no se lo plantean como algo para toda la vida e igual en las relaciones interpersonales.

Las redes sociales nos han deshumanizado en el contacto del día a día y la falta de perspectivas en lo económico, fruto del bestial liberalismo globalizado, lo trasladan a las relaciones de pareja mientras se exageran las diferencias y se forman grupos de ideologías contrarias que funcionan como un guetto en lo que cuenta no es ninguna meritocracia corrupta sino si eres o no "de los nuestros".

Todo ello ha hecho mucho más difícil el conformar un proyecto vital con nadie y muy difícil individualmente, donde la estrella de las dificultades está en el acceso a la vivienda. Años de bonanza económica no han traído ninguna política pública en esta materia que haya facilitado el acceso a un hogar, sin duda la pieza clave de cualquier familia y lo que nos separa a unos de otros: del que paga con apuros un alquiler o incluso solo puede pagar una habitación por un lado, al rentista con una o varias viviendas. Lo peor es que ya no vale el Sísifo de la generación que se va y los jóvenes se resignan a transformar su vida en una aventura de riesgo que sufrirán ellos mismos si llegan a la vejez.

Fotografía: el editor daniel Collado por Cristiane Ventre



Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº35 Febrero 2025

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378

Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 44 páginas
a todo color. Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5
continentes, previa solicitud. 600 lectores directos,
3200 seguidores en facebook

La Revista Caminante

no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.



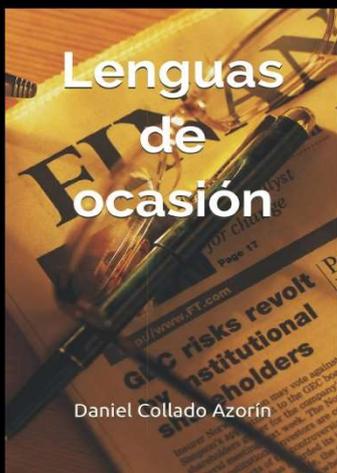
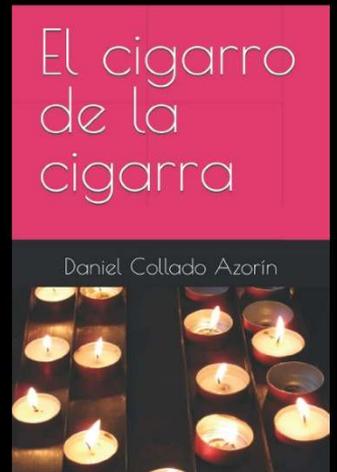
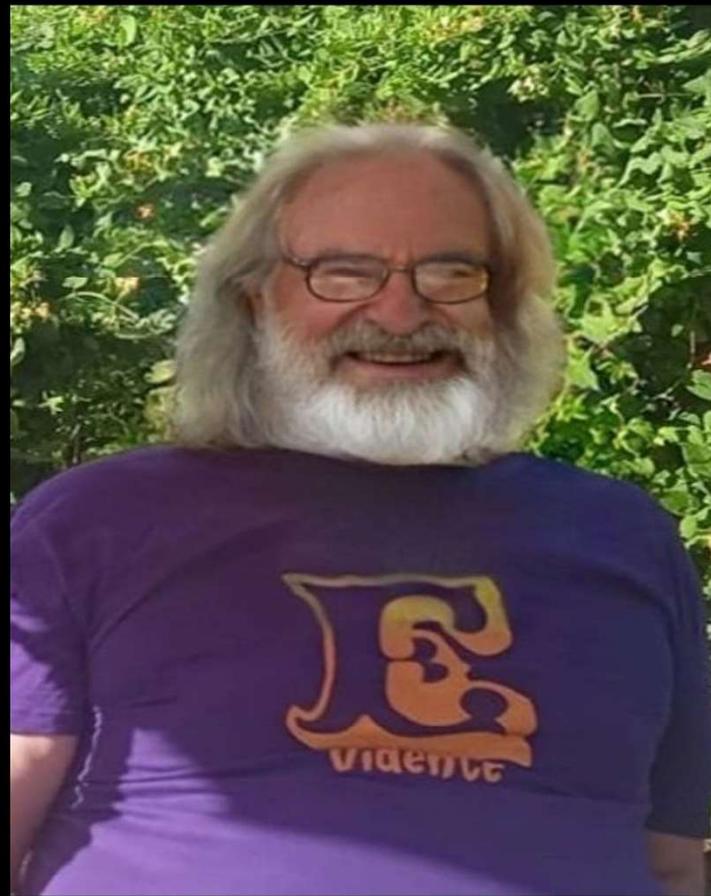
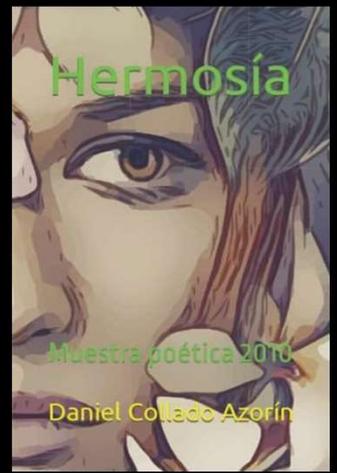
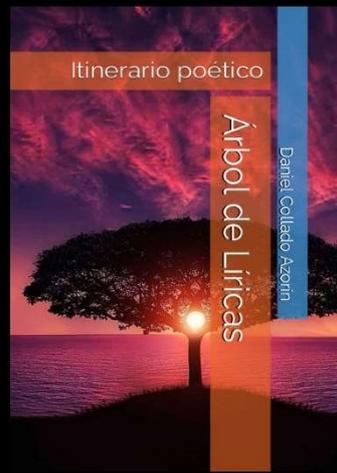
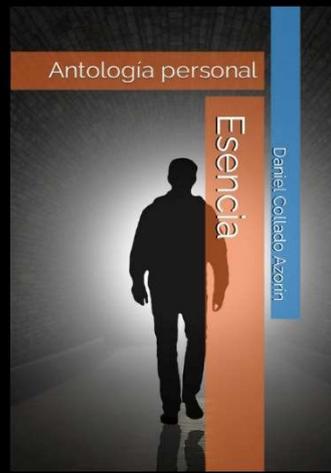
DANIEL COLLADO AZORÍN

MAR

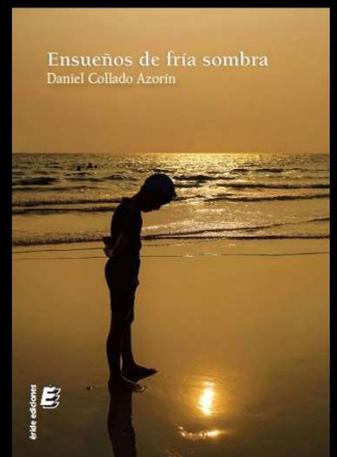
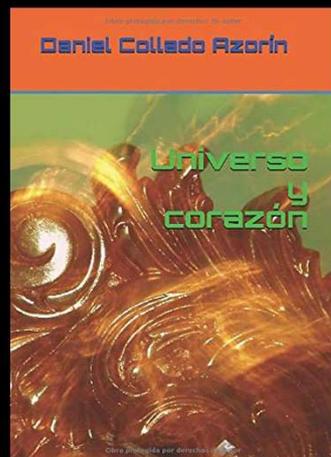
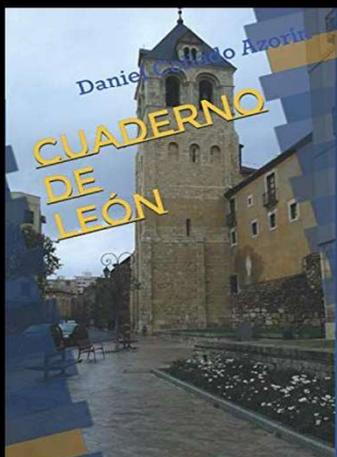
Juliana Quimbayo Suárez

En las olas del lienzo, el mar se pinta,
con pinceladas de angustia y tormento,
un sufrimiento oculto con cada tinta,
que en el paisaje va dejando su aliento.
Escucho el mar rugir en su melodía,
una sinfonía de paz y armonía,
las olas, en su danza, bailan con devoción,
mientras yo, embelesado, escucho su canción.
La serenidad me susurra al oído,
entre caracolas y algas danzarinas,
susurrando secretos al olvido,
pintando emociones en mis retinas.
Las olas danzan al son del viento,
acariciando la orilla con dulzura,
como versos que fluyen en movimiento,
pintando poesía en cada travesura.





escritordaniel.es



Todo está por terminar

(III) Elena Bravo Delgado



La casa de mis abuelos es una casa típica de labranza asturiana. Situada sobre una ladera en la parte alta de la carretera, donde aprovecharon el desnivel para ubicar en la planta baja, cuyo uso era el de zona de cuadra, y a través del cual se puede practicar el acceso rodado a la propiedad; punto por el cual se accede aún a día de hoy, a través de un portón metálico con el tamaño suficiente para dar paso al tractor, pero que además dispone de una puertecita peatonal con cerradura, algo muy importante decían los antiguos de la zona, preocupados por salvaguardar lo poco que tenían, pero que habían obtenido a razón de su esfuerzo y que valoraban en gran medida tras los años de hambruna, guerra y calamidades varias. He de decir que provengo de una tierra de gente muy trabajadora y sacrificada, algo que creo llevo impreso en mi ADN y pongo en valor cada vez que tengo oportunidad. Quizá sea esta otra de las razones por las cuales valoro tanto esta propiedad. Tengo la rara idea de que la mejor forma de hacer sentir bien a mis seres queridos es honrándolos, elevando a la excelencia cualquier labor que emprenda, haciendo que se sientan orgullosos de la personita que, con su tiempo, paciencia, cariño y dedicación, conformaron y creo que el hogar familiar es por excelencia el núcleo de esos principios.

Cada vez que paseo por el exterior de la casa y acaricio las paredes de piedra de mampostería, pienso en el esfuerzo que para mis abuelos supuso ejecutar esa propiedad. ¡Sin arquitecto, que sacrilegio!, pero a día de hoy aún en pie; y hoy, una arquitecta, su nieta, tratará de mejorarla por y para las generaciones futuras.



Delirios de grandeza Markos Manchado Mateos

Mateo llevaba más de cinco años encerrado en casa. Aislado en su cuarto, con su arco y sus flechas. Sus miedos le habían llevado a la soledad extrema. Su psiquiatra no sabía qué más hacer y le propuso integrar un centro de día para jóvenes “como él”. A regañadientes, le hizo caso y fue. No tenía otra alternativa. Cuando los otros jóvenes vieron los aros olímpicos tatuados sobre su brazo le preguntaron qué le llevó a inscribirlos allí. El verdadero motivo era que ese tatuaje, le permitía camuflar las múltiples ocasiones a través de las cuales había tratado de acabar con su vida. “Voy a participar en las olimpiadas de 2024”, dijo. Los otros jóvenes le creyeron o, al menos, fingieron hacerlo. Y eso le permitió volver a sentir que brillaba de nuevo y que su vida recobraba algo de sentido.

Asesinato en DH

Guillermo Caso

Mari contempla desde la ventana de su pequeña cocina el cielo de Dos hermanas, a sus 53 años con un simple vistazo se puede apreciar que la vida no ha sido generosa con ella: Las canas dominan su cabello anteriormente castaño, las enormes ojeras dejan constancia de los turnos de 8 horas en la limpieza del ayuntamiento y una vida de servidumbre en su propia casa, en sus ojos castaños todavía queda una chispa de una vida que ya se le ha escapado, una nariz chata y una boca pequeña dentro del marco de una cara redondeada y desprovista de maquillaje terminan de perfilar los rasgos de una cara anodina, de esas en las que no reparamos apenas, casi invisibles entre la multitud.

Su cuerpo tampoco hablaba mucho mejor de ella, pequeño y rechoncho casi desde su adolescencia y con los años no había mejorado precisamente aunque se pasaba el día limpiando, tanto en el trabajo como en su propia casa donde tenía que ocuparse de su marido constantemente y cada vez se descubría más a si misma pérdida en sus pensamientos como si su alma intentará escapar de este pequeño infierno y ella tuviese que traerla de vuelta.

-¡Mari la cerveza coño!

El grito le llega desde el salón donde su marido Manolo está viendo otro partido del Sevilla, odia al Sevilla y odia el fútbol, últimamente odia cada vez más cosas pero por encima de todo odia a su marido.

Después de tantos años sintiéndose insignificante y con miedo de no hacer cada cosa bien para que no se enfade, para que no le pegue, para que no le grite, intentando ser la esposa perfecta.

Pero estos últimos meses algo ha cambiado, simplemente se ha cansado y el miedo se ha ido poco a poco, ahora solo queda el odio.

- ¡Ya va!-Grita mientras coge una Cruzcampo de la nevera -Hijo de puta- masculla entre dientes.

Coge la cerveza y se va con pasos pesados y lentos hasta el salón, Manolo está repanchingado en el sofá, sus 120 kilos lo llenan en gran parte y su cuerpo parece sumergirse en el.

-Dame coño, puta inútil- masculla mientras le quita la cerveza de la mano y sigue gritando a los jugadores como si pudiesen oírle.

-Me tienes harta- le dice con el odio impregnando su mirada, Manolo se queda parado, absorto, contemplando la televisión y vuelve a gritarle a los jugadores, ni siquiera le ha escuchado.

Baja la mirada y arrastra sus pies de vuelta a la cocina sintiéndose como se ha sentido siempre, insignificante. Sabe que si no fuese por sus dos hijos hace tiempo que habría tirado la toalla, ahora están estudiando fuera de este infierno en el que te mueres cada día un poquito.

Sigue limpiando la encimera y contempla por la ventana la escalera donde tantas veces se ha sentado con sus amigas hablando de todo y de nada, espera que sople algo de fresco pero hoy parece que será otro de esos días donde el aire caliente permanece inmóvil y el calor se te mete en el cuerpo quitándote toda las energías, se pierde de nuevo en sus pensamientos hasta que la voz de su marido le devuelve a la realidad.

-¡Mari una cerveza!

Con un suspiro vuelve a abrir la nevera y coge otro botellín, piensa que si la casa no estuviera a su nombre hace tiempo que lo habría echado, pero ella no tiene nada, la casa a su nombre y cuenta conjunta con la que apenas llegan a fin de mes con dos hijos estudiando fuera y facturas que no paran de llegar.

Le pone la nueva cerveza en la mesa y coge la vacía, él ni siquiera levanta la mirada.

-Quita gorda- y le da un empujón que la empuja un par de pasos y casi la hace tropezar, ella se queda allí parada, él levanta la mirada y le espeta: -Que coño miras, si no te gusta, te vas a la puta calle.

-Esta casa también es mía- algo se rompe, una pequeña brecha y el odio empieza a salir primero como un hilo y después como un torrente que arrasa con todo- ¡Esta casa es pa mi, pa mi coño!

Coge el botellín vacío y se lo rompe en la cabeza, él se levanta rápidamente sus manos le agarran el cuello y la estampa contra la pared, apenas puede respirar.

-Serás puta- y le choca la cabeza contra la pared PUM, una, PUM, otra, PUM y otra vez. Siente la sangre caliente saliendo de su cabeza y como se desliza lenta y caliente por su cuerpo, pero no le importa, lo único que le importa es la botella rota que aprieta en su mano, sin pensarlo se la clava con todas sus fuerzas en la garganta, se sorprende por la gran resistencia que encuentra, el músculo se ha desgarrado en parte pero no avanza más, tiene que mover la mano arriba y abajo para que siga desgarrando los músculos del cuello, siente como debido a la presión de las manos de su marido ya no puede respirar, su cara se pone roja y se hincha, su marido grita una y otra vez: Puta, puta, puta, puta... Hasta que el cristal llega a uno de los vasos sanguíneos que pasan por el cuello, la arteria carótida.

Se miran a los ojos y el cambio en su expresión es total, ve el terror en su mirada cuando se da cuenta que esta vez el que está en peligro es él y que quizás no salga con vida, la sangre sale con gran presión salpicando el techo y su cara y no puede evitar pensar en una eyaculación, él sigue repitiendo: Puta, puta, puta...Pero ahora ya sólo con un hilo de voz que se vuelve agudo cuando le corta las cuerdas vocales y lo silencia para siempre, primero el cuerpo se cae hacia ella pero después la propia gravedad hace que caiga hacia atrás, en medio del salón con un ruido sordo seguido de el silencio más absoluto y por primera vez en mucho tiempo no se siente tan pequeña.

Se queda contemplando el cuerpo sin atreverse siquiera a moverse, el chorro de sangre proveniente de la arteria a parado de salir como un chorro y el charco de sangre alrededor del cuerpo se va haciendo poco a poco más y más grande, impregnando el aire de un olor dulzón y metálico.

Por fin es capaz de reaccionar, lo primero es ocuparse de sus heridas, se dirige al cuarto de baño y contempla su reflejo, tiene la cara y el pelo cubiertos de sangre y las manos de Manolo marcadas en el cuello en el peor moratón que va a tener nunca, con dedos temblorosos palpa la herida de su cabeza, le duele nada mas tocarla pero necesita saber que no va a desangrarse, tiene un pequeño corte e hinchado pero parece que ha dejado de sangrar.

Ha pasado tantas veces en ese pequeño cuarto contemplándose sus heridas y llorando en silencio por miedo a que sus hijos le escucharan, sintiéndose una mierda y ahora eso se has acabado, si algo ha hecho toda su vida es limpiar y va a limpiar como nunca antes. Se equipa con guantes de fregar y mascarilla, coge el cuerpo de Manolo y lo arrastra por el pasillo, está totalmente flácido y va dejando un reguero de sangre del que debe ocuparse después, tarda varios minutos en meterlo en la bañera y cuando termina esta jadeando, aunque se alegra de no haberla sustituido por una placa de ducha como tenía pensado. Durante la hora siguiente se encarga de limpiar el salón, abre todas las ventanas de la casa y usa lejía y agua, la sangre llega hasta el techo, en algunos muebles tiene que usar agua oxigenada para quitar las manchas, una parte de ella siempre ha disfrutado limpiando, le permite despejar su cabeza y pensar con la mayor claridad posible, intenta razonar en como deshacerse del cuerpo y de las pruebas, cosa que ve casi imposible pero desde luego que lo va a intentar.

Después de limpiar el salón se dirige a la cocina, coge una tabla de madera y los dos mejores cuchillos que tiene, vuelve al cuarto de baño y usa el mas afilado para hacer una incisión, primero horizontal y luego vertical en el vientre, tiene mucho cuidado de no cortarse, desde luego que no es fácil y necesita de todas sus fuerzas, cuando acaba el olor que sale es indescriptible, una mezcla de sangre, carne y heces multiplicada por mil, reprime las primeras arcadas y se concentra

en el trabajo, durante las siguientes dos horas arranca cada órgano, los trocea en dados, los tira al váter y tira de la cisterna, al menos son necesarias unas cincuenta veces, cuando termina esta anocheciendo, cree que se va a desmayar de lo cansada que está pero sabe que no puede parar ahora, necesita varias cosas y para eso tiene que ducharse, así que se mete en la ducha con lo que queda de su marido y se da una ducha rápida, se cambia de ropa y piensa que en el único sitio donde podrá comprar todo lo que necesita y no llamar la atención es en el chino que está a unos 5 minutos de su casa.

Entra en el establecimiento, es enorme, lleno de pasillos y cada uno con su número correspondiente coge un carrito de al lado de las cajas e intenta sonreír al dependiente pero este ni alza la mirada, primero coge varias botellas de lejía y papel film transparente, después se encamina a la sección de jardinería pero cuando esta examinando las palas nota que alguien le esta observando, se da la vuelta y ve a un niño con los ojos fijos en ella, pequeño, delgado, con el pelo corto y rasgos asiáticos, debe tener unos 7 años, pero su mirada es mucho mas adulta y la observa como si supiera todo lo que ha hecho y no le impresionará en absoluto.

Un escalofrío le recorre el cuerpo y se da prisa en coger todo lo demás: Una cizalla manual, una pala mediana, una especie de hacha pequeña para cortar madera, un saco de tierra y varias semillas para disimular, por último coge las dos maletas mas grande que tienen con ruedas.

La presencia del niño es constante y no se separa de ella en todo el recorrido pero cuando llega a la cola de la caja se vuelve y ha desaparecido, con un suspiro espera su turno, el hombre de la caja pasa todos los productos sin levantar la vista de una forma rápida, mecánica y con una desgana para la que es necesaria muchos años de experiencia.

Una vez de vuelta en casa se prepara un sandwich de jamón de york y queso, ve un rato la televisión donde como siempre no dan nada y piensa en que tendrá que cambiar toda la tarima flotante del piso, aunque es verdad que ya llevaba un tiempo pensando en cambiarla y buscar unas cortinas a juego, sube el volumen y se pone de nuevo a trabajar.

Usa el papel film y fiso para proteger las paredes y el techo y reducir las salpicaduras, después usa el hacha para desmembrar el cadáver y aunque en las películas es fácil tarda unas dos horas, lo hace todo desnuda para no estropear mas ropa, cuando acaba con el hacha que prácticamente ha quedado inservible va a la cocina y coge la sandwichera que uso para prepararse la cena, la lleva al baño y la enchufa, espera unos segundos y con cuidado mete una de las manos y aprieta la tapa, a los pocos segundos el olor a carne quemada empieza a llenar la estancia y piensa que menos mal que ha cenado poco porque es el olor que faltaba para que vuelvan las náuseas, cuando por fin cesan hace lo mismo con la otra mano, observa como las huellas dactilares han desaparecido quedando un amasijo de carne, cuando termina no puedes resistir y vomita varias veces hasta que no le queda nada en el estómago. Cuando logra sobreponerse lo suficiente sigue con el trabajo, coge una bolsa de basura y mete todo lo que ha utilizado o tenga algún resto de sangre pero primero lo limpia todo con un trapo con agua y lejía para intentar no dejar huellas, después limpia el cuarto de baño completo, friega el suelo y vuelve a ducharse y a ponerse un vestido cómodo, por último deja el cuerpo desmembrado sumergido en una mezcla de agua con lejía para intentar disimular el olor, mañana por la mañana los envolverá en varias capas de papel film y los meterá en las maletas.

Mira el móvil encima de la mesa del salón pero sabe que hoy en día registran todo, tanto lo que busques por internet como por donde te mueves así que será mejor dejarlo en casa, piensa también en llamar a sus hijos pero aunque tenga ganas de poder escuchar su voz no le parece una buena idea, tendrá que contarles que su padre por fin se ha ido de casa y es una conversación para la que todavía no está preparada, así que coge la bolsa de basura y sale a la calle, no cree que sea buena idea usar el mismo contenedor de siempre así que anda un rato con la bolsa en la mano, ya es noche cerrada,

es pleno verano y el aire está tan condensado que casi se puede cortar, siente el cuerpo sudoroso y el moratón del cuello ya ha empezado a dolerle.

Después de tirar la basura vuelve a casa, se pone el pijama, se toma un par de pastillas para poder dormir con un vaso de agua fría, hacía años que no se sentía tan cansada, no lee, ni mira el móvil, simplemente está con los ojos cerrados boca arriba, notando la brisa del ventilador de techo y oyendo el constante zumbido que produce, siente que poco a poco una marea negra va llegando a su cuerpo, meciéndolo casi con dulzura y tragándola poco a poco hasta que ya no queda nada de ella y todo es negro.

El taxista para enfrente de un edificio de 8 plantas que apenas tiene un años de antigüedad, se baja con un resoplido de esfuerzo, abre el maletero y aunque intenta hacerse el fuerte le cuesta gran trabajo bajar las los maletas con ruedas grandes, se despide, vuelve a subir al coche con otro resoplido, arranca y se incorpora a la carretera. Mari se queda mirando unos segundos el edificio, coge las asas de las dos maletas y las arrastra por las calles desiertas hasta su autentico objetivo, un enorme solar en construcción, ya han empezado con la cimentación y los pilares de armazón de acero salen del suelo arcilloso en intervalos regulares, suele pasar por ese camino dos veces por semana para ir a andar y se fijándose en las casas que nunca podrá comprar, también sabe lo suficiente gracias a su marido de que en la próxima semana pondrán el hormigón.

Saca la cizalla manual para cortar la cadena de la pequeña puerta metálica de acceso a la obra pero se da cuenta que el candado no esta cerrado, alguno de los obreros debió olvidar cerrarla, vuelve a guardar la herramienta, se fija en el gran cartel donde hay una foto de una familia sonriendo y abrazados en una piscina y un moderno edificio de fondo.

“Construimos tu felicidad. Pisos de 2, 3 y 4 habitaciones Piscina comunitaria A un metro de Sevilla

Reservas en 666217909

Usa una rampa de madera para bajar al fondo donde la tierra esta compacta y recta y usa la pala que guarda en una de mas maletas, no necesita mucha profundidad, solo la suficiente para que quepan las dos maletas, mientras mas cabe, mas difícil será nivelar el terreno después, tarda unos 40 minutos, mete las maletas y tarda casi el mismo tiempo en taparlo, esparcir la tierra alrededor y que quede nivelado, observa y va moviendo un poco de tierra aquí y allá hasta que esta contenta con el resultado.

Sale de la obra y se deshace de la pala en el primer contenedor que ve, es un sábado de verano, es temprano pero los mas madrugadores ya están haciendo algo de deporte en las calle casi desiertas, nota la fresca brisa en su cara y como agita su pelo y con una sonrisa se dirige con paso tranquilo de vuelta a su casa.

Visite la web del editor escritordaniel.es

Cada noche vuelvo a ser feliz

José de la Concepción

Al caer la noche, la luna resplandece en lo alto, como si se tratara de la esfera de un inmenso reloj. Iluminado por su tenue luz, el lago se asemeja al escenario de una función que está a punto de comenzar. Han pasado varias horas desde que el sol desapareció y el silencio es abrumador. Este es un lugar muy visitado por los vecinos de una cercana ciudad, pero a estas horas no hay nadie. La naturaleza, por lo tanto, como cada noche, ha reconquistado sus orillas. Los animales se acercan, la mayoría, a beber, aunque algunos esperan cazar a los que anhelan saciar su sed.

El lago está rodeado en su mayor parte por un cañaveral, que solo se ve interrumpido por algunos senderos que llevan hasta la orilla. En la rama de un aliso aguarda paciente una lechuza. Permanece alerta, a la espera de descubrir algún roedor sediento al que convertir en su cena. De pronto, el tenue sonido de unos pasos acercándose la inquieta y se aleja volando.

Caminando por una senda se aproxima un niño que aparenta diez años, aunque sus ojos son los de un anciano. Se llama Daniel y camina con cuidado, evitando las ramas y zarzas que surgen a su paso. A medida que avanza, se encuentra con varias bifurcaciones y en ningún momento duda de la dirección que ha de tomar. Parece conocerse el camino de memoria. Al cabo de un rato llega hasta un claro, en el que destaca una roca plana acariciada por unas lánguidas olas. La calma es absoluta.

Daniel se encarama sobre la piedra, se agacha y toca la dura superficie. Percibe una leve calidez, dulce recuerdo de la luz del sol, desaparecida tantas horas atrás. Satisfecho tras haber llegado al lago, se sienta, fija la mirada en el negro espejo de agua y deja que su memoria viaje al pasado. Ha llegado aquí para recordar. El claro donde ahora se halla fue testigo de los instantes más felices de su vida. Los que transcurrieron el día en que vino a pescar con su padre. Quien los hubiese visto, sin duda habría sonreído contagiado de la felicidad que transmitía el niño. A Daniel en realidad le habría dado igual estar en cualquier otro sitio, siempre que hubiese estado junto a su padre. Momentos como ese eran los que tanto anhelaba vivir.

En medio de la oscuridad, recuerda la luz de aquel día de verano, percibe el aroma de la colonia que usaba su padre y escucha de nuevo su voz, explicándole cómo manejar la caña de pescar. Cierra los ojos y revive cada instante como si hubiese pasado el día anterior, en vez de muchos años antes.

Deseaba verlo sonreír, sentir sus abrazos y sobre todo decirle cuánto le quería y lo mucho que lamentaba, ser el motivo de las constantes discusiones que mantenía con su madre. De repente, algo llama su atención y le devuelve a la realidad, lejos de la calidez de sus recuerdos.

Observa una forma oscura que comienza a ascender desde las profundidades. A pesar de la oscuridad es visible, pues está rodeada de un lóbrego resplandor. Un fétido olor emana del lago cuando las burbujas que provienen del fondo cenagoso estallan al llegar a la superficie. Daniel se acerca a la orilla. No puede evitar sentirse intrigado por aquello que se aproxima. Percibe en su interior la certeza de que esa aparición guarda relación con su propia presencia en el lago. Quizá debería irse ahora que aún puede, volver a casa, al lado de su madre y buscar los abrazos y besos con que lo consuela, pues ella es la única persona que siempre lo ha cuidado y querido. Su madre siempre lo amó. Al contrario que los demás, que lo rechazaban por estar enfermo desde que nació. Todos pensaban que viviría poco tiempo y él les demostró que se equivocaban aferrándose a la vida durante años. Aunque, eso sí, padeciendo terribles dolores.

¡Ahora no quiere pensar en el dolor! Ha venido hasta aquí para recordar aquel único día de felicidad. No el sufrimiento que hubo antes.

Poco a poco se acerca más al lago, recortando los últimos centímetros que lo separan del agua y observa su reflejo en la superficie. La ropa que lleva está vieja y húmeda, pero no siente frío y se centra en el bulto informe que se le aproxima. Permanece inmóvil en el borde de la roca mientras lo ve llegar y salir a flote. Un escalofrío recorre su cuerpo, dejándole paralizado por el miedo, pues lo primero que asoma del agua son unos brazos delgados, tan solo huesos cubiertos de piel lechosa. Dos manos que parecen garras se aferran al borde de la piedra sobre la que permanece y afianzan a la orilla a un niño que lo observa con algo que parece una triste sonrisa dibujada en su rostro. Es imposible que aquel ser viva, puesto que su carne está en avanzado estado de descomposición. El agua corre por su boca cuando la abre sin emitir sonido alguno, pero lo peor son los ojos, dos fanales blancos sin pupila, que parecen querer decirle algo a través de la niebla que los cubre. No quiere mirarlos. En ellos está seguro de que descubrirá algo que no quiere saber y siente miedo a perder la cordura.

Lo único que desea es disfrutar recordando aquel lejano día, en que acariciado por el calor del sol pasó la mañana junto a su padre, sintiéndose feliz. Sin embargo, no puede evitar mirar, como si estuviera condenado a ello, y ve a través de la niebla que los cubre. En ellos, contempla el pasado, como si se tratase de una película sobre su vida. Rememora una infancia llena de dolor en la que siempre estaba enfermo. Quería luchar y curarse. Algo del todo imposible cuando la enfermedad que padece es incurable. Sus recuerdos de aquellos años son casi todos junto a su madre, en la sala de espera del hospital, ingresado o conectado a distintas máquinas en su habitación, sin que nadie más que ella le acompañase. Días y días en aquella estancia que debería haber sido su cuarto de juegos y que acabó convertida en su cárcel.

Ante sus ojos avanza el tiempo. Revive las intervenciones quirúrgicas y vuelve a sentir las esperanzas de sanar a pesar del dolor que siempre le acompañaba. Aunque esto no fue lo peor de esos años, lo que resultó más insoportable fue saber que él era la causa de las constantes discusiones que se sucedían a diario. Escuchar los gritos de su padre cuando llegaban las facturas médicas y sus constantes quejas de que trabajaba para nada, que lo único que hacía era pagar a médicos que no le curarían nunca. Anhelaba que muriese de una vez, para dejarlo ser feliz sin la carga que suponía.

Cada vez que sus padres discutían, Daniel se asomaba a la ventana y miraba el bosque cercano en el que se encontraba el lago al que su padre iba a pescar. Era su modo de escapar, ya que no podía huir de otro modo. De esta manera silenciaba en su mente las discusiones, e imaginaba que era como los demás niños, aquellos a los que veía por las tardes pasar ante su ventana junto a sus padres, ajenos a la triste figura que les observaba desde aquella celda sin rejas. Por último, la secuencia que observa en las cuencas de la criatura le traslada hasta el día que justificó los años de agonía. El día en que su padre, aprovechándose de que su madre había tenido que salir, lo llevó con él de pesca.

Era verano y hacía mucho calor. El sol calentaba su piel mientras iban en el coche en dirección al sitio favorito de su padre. Al llegar al sendero y aparcar, su padre lo tomó en brazos y lo llevó a la orilla, donde lo depositó con suavidad en una cálida roca. La misma desde la que ahora observa y recuerda. Ahí, sentado frente al espejo de las aguas que lo invitaban a nadar, sonrió. Nunca había sido tan feliz. No podía imaginar algo mejor que estar a su lado. Padre e hijo disfrutando del verano, como hacían las demás familias.

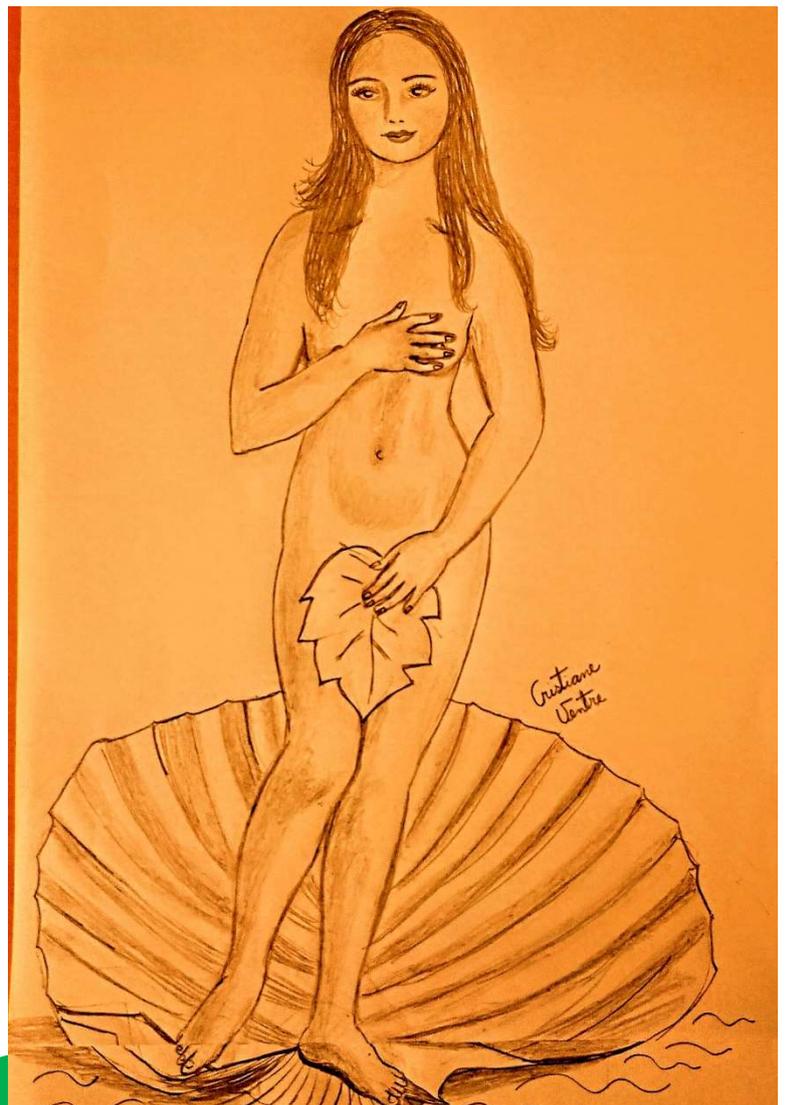
Fue feliz aún cuando su padre, un rato después, al comprobar que no había nadie cerca, dejó la caña a un lado y lo cogió en brazos. Siguió siendo feliz cuando lo llevó hasta el agua y el frío lago lo acogió, como si hubiese estado esperando su llegada.

Ninguno de los dos habló. No hacía falta. Ambos sabían desde qué habían salido de su casa lo que iba a pasar, para qué estaban ahí en realidad. Daniel estaba preparado para ello y se sentía feliz después de haber disfrutado de esa mañana. Ese día había sido un oasis en medio del dolor y del desprecio en que había vivido siempre. Así que sonrió, mirando a los ojos de quien lo iba a ahogar. Entonces sintió la presión de las manos en torno al cuello a medida que su padre lo sumergía y, sin embargo, siguió sonriendo. Quería que su padre viese, que no le guardaba rencor. Lo amaba a pesar de todo. Su conciencia se fue apagando poco a poco y, a pesar de ello, siguió mirando hacia la superficie. Un instante antes de desvanecerse, cuando el agua inundó sus pulmones, pensó en el regalo que había tenido. Un cálido día de verano, junto a su padre pescando, lo que tantas veces había soñado.

Daniel desvía la mirada de los ojos del ser que permanece en el agua y consigue alejar de su mente la visión del pasado. Aunque ha visto y sentido suficiente. Ha recordado lo que ocurrió. El temor que sintió cuando apareció la criatura ha desaparecido. Por lo que cuando esta tiende sus brazos hacia él, se acerca sin miedo. Se introduce en el agua, entrelaza sus manos con las suyas y se deja llevar al centro del lago. Mira a su alrededor y se da cuenta de que no hay nadie a su lado y quizá no lo hubo en ningún momento. Deja que su cuerpo se hunda en la oscuridad, pero antes de que el agua cubra sus ojos, se gira y observa la roca donde estuvo con su padre tantos años atrás. Unos segundos más tarde se sumerge y desaparece en las tinieblas.

El lago queda en calma. Pronto amanecerá y la gente acudirá a pasear y disfrutar, ajenos a lo que sucede cada noche, cuando Daniel regresa y recuerda el día en que fue feliz.

EL RINCÓN DE CRISTIANE



BAJO LOS CUERPOS

JUNTO A TI, CLARA AURORA,
Y CON MI ESENCIA SOMBRÍA,
CONJURAMOS AL NÚCLEO URBANO
QUE AÚN SE DESENTUMECE,

BAJO UN PROCEDER DESDIBUJADO,
DE TENUES EXHALACIONES:
BAJO TU CUERPO DE AZAHAR,
BAJO EL MÍO, METECO EN SEMPITERNO
Y YA DEVASTADO ENSUEÑO,

MIENTRAS LOS ASTROS TE TRASLUCEN,
ALUMBRANDO LAS BLANCAS FACHADAS
QUE DEBAJO DE TI SE DESCUBREN.

AUNQUE MI DISCURRIR VELADO,
A TODO REFLEJO SE OPONE CUAL VIDRIO
OPACO, RIO QUE NUESTRO ANHELO
ORILLA, EN LA VEGA RELIEVE:

BAJO TU CUERPO, DIURNO
DE LUMINOSA DIVINIDAD;
BAJO EL MÍO, EN LO MÁS
RECÓNDITO Y NOCTURNO,
DE CEÑIDOS CALLEJONES.

Marcos Lozano

Barcelona



NÍVEA, JACARANDA.

TAL VEZ ES LA MEMORIA,
COMO JACARANDA DE FLORES BLANCAS;
NÍVEO FLORECER, AFÁN SINGULAR,
QUE RÁPIDAMENTE SE MARCHITA,
SENTENCIADO POR IMPLACABLE ESTÍO.

SÍ; TAL VEZ SEA OLVIDO,
ANHELO DE SOÑOLIENTO INSTANTE,
QUE PRETENDE PASAR Y NO SER NADA:

MÁS ESPARCIDOS POR EL ADOQUINADO,
DEJAN LOS PÉTALOS DE ALBINA
JACARANDA, MANTO DE ESCARCHA
ASIDA A LA BLANCURA DE SU LUZ,

ESTELA DE RECOBRADO AMANECER
A LA QUE SOBREVUELA RECUERDO,
CUAL FRESCA ESENCIA FRAGANTE,
DE PRIMAVERA PROMETIDA...

SÍ, NO CABE DUDA; TODO ES UN CANO
CONSUMIRSE EN DESEO REALIZADO,
ANTE MIL VECES, MUNDO RECREADO
Y ETERNAMENTE, INSACIABLE.

Un comunero tras las rejas

Las jaulas siempre serán para el fascismo, la maldad y ese afán infinito de reprimir la libertad.

Cerca de las diecinueve horas de un día de agosto, con los vestigios de un invierno aun negado a abandonar los verdes prados de la región de la Araucanía, el comunero mapuche Llantúl, hacía ingreso a las dependencias del centro penitenciario local acusado de sedición y ataque incendiario a la propiedad privada, acción tipificada como un delito de caracter terrorista según la ley nacional vigente. Los frios pasillos del modulo de alta complejidad albergaban charcos de agua turbia que a medida que el gendarme pisaba de manera intencional con su gruesa bota, emanaban un olor nauseabundo que le hizo entender al lider indigena mapuche que la muerte era algo presente allí. La primera noche, el frio y la soledad dieron puñaladas de desazón que mantenían al hombre abandonado y entregado a la confusión. El sonido de los grilletes de otros que iban entrando acrecentaban la angustia del ya viejo Llantúl, quien a través de su convicción, prometió recuperar algo que valía más que todo el dinero producido por los colonos, quienes tanto lo odiaban, y eso era la dignidad de un pueblo originario, luchador y protector de la naturaleza, su unico templo a cuidar.

En la mañana, después de un sonar de gritos y ordenes, se abrieron las puertas de su celda oscura y mal oliente.

¿Llantúl? - preguntó el oficial carcelario con cierto dejo de desprecio.

¡Sí, soy yo - contestó.

¡Ya, apurate indio! no me atrasí la cana po weon - gritó el de verde olivo.

Serío y con un claro desprecio en su semblante, Llantúl no quitó los ojos del despectivo gendarme, quien si bien soberbio, escondía su mirada detras de una carpéta donde simulaba tomar notas de algo. Llantúl preguntó donde estaban los otros comuneros detenidos, pero el carcelero guardó silencio y se marchó. Ya en el patio del módulo, corria la voz que el lider del movimiento indigena más radical del cono sur de la cordillera de los andes se encontraba detenido entre ellos.

-¡Negro! - se oyó del otro lado de la cancha de beibi fútbol.

Entre los caminantes que diariamente hacían la huincha de aquí para allá, para sobrellevar la agonía del encierro, apareció envuelto en una manta tradicional y con el cintillo característicos del pueblo mapuche, Toñito, un joven dirigente huilliche encarcelado, acusado de robar y comercializar madera proveniente de las grandes forestales que usurpan y erosionan los suelos anteriormente verdes, para ahora ser unos secos y esteriles previos sin valor.

Un abrazo apretado en medio del módulo dio inicio a un potente grito de guerra que se oyó de distintos puntos del centro penal, produciendo la incomodidad de la guardia que atonitos miraban cómo la vibración y el canto de lucha estremecía los gruesos muros de la opresión replicandose en todos los pabellones modulares de la cárcel.

-Nosotros no esperabamos verte acá Negro. Nosotros recién supimos ayer que te habían tomado. ¡Estos weones te van a querer cagar peñi! ¿Tení pensado algo weichafe? - interrogó Toño.

El telefono sonó toda la mañana en la oficina de Javier Mañil Matamala, defensor público del sindicato lider del movimiento insurgente más controversial y radical de la denominada por la

hegemonia comunicacional como macro zona sur o mejor conocida como el wallmapu. Del otro lado, Llantúl apretaba el auricular del único teléfono público instalado en la pecera.

Al otro día temprano en la mañana, después de recibir la respectiva choca al desayuno, los comuneros presentes allí, hasta entonces manteniendo el anonimato por seguridad y discreción, se unieron a Llantúl y acordaron su liberación.

La audiencia de formalización demostró antecedentes que demostraban a comunero mapuche presente en los sitios donde se le acusaba participación. Además, al más puro estilo adolescente enamorado, envió fotos con armamento militar y mensajes alusivos a su liderazgo y participación en los delitos acusados en su contra lo que lo llevó a veinti tres años de presidio efectivo en su grado máximo.

El fuego comenzó a eso de las 3 de la madrugada. Las alarmas de incendio activaron los rociadores automáticos y las llamas comenzaron a llenar el patio con una lluvia que provenía desde las afueras del recinto penal, donde cerca de una decena de personas lanzaban botellas repletas de bencina. Las puertas de los calabozos comenzaron a ser abiertas y fue el mismo Llantúl quien dio el primero golpe, al tomar por la espalda al nervioso gendarme y de un sólo movimiento al cuello derribarlo. El forcejeo produjo un ruido que llamó la atención del otro oficial de módulo quien al ver a su camarada en el suelo inmerso en el humo, comenzó desesperado a gritar a través del radio - ¡oficial herido! ¡oficial herido!

El fuego fue abatido y el módulo evacuado, todos los reos bajaron a un sector libre de llamas, y entre golpes de puños, palos y patadas, fueron ordenados para luego pasar la lista. Faltaba Llantúl. Las alarmas se anunciaron y la búsqueda por cielo, mar y tierra se hizo realidad, pero el

Negro, como le decían sus más cercanos, pasaba a la clandestinidad en medio de la zona de conflicto.

Alejandro Peña Sepúlveda

Alguien borró a papá (I)

Volador de Papantla inalámbrico

Prólogo

Hola. La que estás por leer es la historia de un niño al que su padre, para jugar a este mundo, le heredó palabras en vez de canicas. La de un pequeño como cualquier otro, uno que pudiera (si lo dejaras) tener por unas cuantas páginas tu rostro. Él aprendió que un papá es un librito prestado, un manual para enseñarnos a subir, con la menor cantidad de tropiezos posibles, una escalera muy larga, una que nos lleva a otro adulto que tiene nuestro mismo nombre: hasta los ángeles deben usar las piernas para alcanzar la luz. De algo así se trata. Mi problema fue que papá tuvo que subir su escalera muy aprisa, demasiado pronto. Tan realmente pronto que pudo apenas acompañarme al primer escalón de la mía. Leer, tropezarme, jugar, aprender y escribir fueron mis formas de subir gateando por esa aventura y puñado de miedos que llamamos Vida. Yo te invito a con o Ser unas palabras conque pude despedirme de papito. Son la historia de un niño que (al crecer) encontró a su padre en su propia voz, en los muchos libros que le había leído y que él leía. Sí, es correcto lo que estás pensando: mi papá era escritor. Y aunque nunca me dio sermones ni me obligó a desgastar cuartillas mi sangre se calienta tanto que burbujea cuando tomo el lápiz, mi corazón se agita como una boya en el mar abierto mirando el paso de los tiburones. Papá no será borrado mientras tú lo leas, mientras yo le escriba.



La Galería

Mati

Visite la web
del editor
Escritordaniel.es





El cuñado gracioso

Pedro Pérez

No sería porque no estuviera advertido, otra cosa no, pero se lo habíamos avisado todos. Que el personaje en cuestión era un canalla muy gracioso, pero canalla, a fin de cuentas. —“No vayas, ni se te ocurra ir con él”, y seguía insistiendo en que era un tío legal, muy majo. Y que últimamente, desde el compromiso de boda con

su hermana, habían intimado y pasado mucho tiempo juntos, —decía rebatiendo nuestras advertencias—, sobre todo las mías; que antiguamente habría sido lo que fuera, pero..., actualmente, era un hombre nuevo y de su total confianza. Un pichón, eso es lo que fue, y se la preparó como estaba cantado. Estoy completamente seguro de que incluso fue premeditado, de tal manera que disfruté triplemente, primero preparando la estratagema, segundo en medio del espectáculo, y finalmente con las desmedidas y desafortunadas consecuencias que trajo consigo él mismo.

Ese lamentable y exagerado incidente fue el desencadenante inmediato, y como no podía ser de otra manera, su ruptura matrimonial con la que iba a ser su esposa. Que, por cierto, no solo es que fuera guapísima, sino que además era de una familia tremendamente acaudalada. Sus padres tenían un enorme poder y no solo en el mundo financiero. Así que el agraciado de mi hermano pequeño iba a ascender meteóricamente en la escala social; como ni en el mejor de sus sueños se hubiera imaginado.

El suceso de lo ocurrido, con los pormenores más precisos, me los contó muriéndose de risa el jardinero de la familia, que con un par de vinos no olvidaba detalle alguno, —“se le caían las lágrimas de risa, mientras describía el suceso”—

Me dijo que estuvo inconmensurable, apoteósico, de leyenda; hasta que, entre la policía, él mismo, los sanitarios y algunos voluntariosos vecinos, consiguieron ser capaces de bajarlo después de mucho tiempo, con una escalera grande, de la imponente lámpara del salón. Donde nadie sabe cómo ni por qué, se había encaramado el tío, haciendo balancear peligrosamente la acristalada araña. Berreaba como un ciervo en celo en plena temporada de berrea, babeando enormemente, mientras mugía atronadoramente, ante la atónita mirada de los que iban a ser sus suegros, su desmayada a ratos, futura novia, y mis padres que veían cómo la gallina de oro estaba irremediablemente a punto de desaparecer.

El incidente acaecido, para mayor vergüenza de la familia, seguramente iba a perdurar en el tiempo, dada la cantidad de gente que lo presencié. Eso, a pesar de que los padres de la novia rogaron e insistieron en infinidad de veces, que lo ocurrido no trascendiera de esas cuatro paredes, dado la relevante importancia de su situación. Cosa que por supuesto no sucedió sino todo lo contrario y al día siguiente no se hablaba de otra cosa en la ciudad.

Esa fue la gesta de mi hermano, en la cena de pedida en la mansión de los que iban a ser sus futuros suegros. Luego nos explicaron los sanitarios que no había sido el alcohol o un brote psicótico, que estos tremendos y exagerados sucesos ocurrieron mientras iba disolviéndose vertiginosamente por sus venas “el tripi” de LSD, que el gracioso del que iba a ser su cuñado había deslizado sigilosamente en el gin-tonic, un ratito antes de asistir a la cena de pedida de mano.

AL VER VERAZ...

Su padre, le enseñó el oficio de mirar bien ante cada quien. Acción que en la escuela, nunca ejercitan. Por lo tanto, nunca hay que olvidar las enseñanzas de los buenos maestros. Para caminar con cierta seguridad por la vida, se precisa saber ver las miradas, y algo más. Poder ver, no es solamente mirar con precisión. Todos ven cosas diferentes según la calidad del lente, o mente, del que apunta. La vista versátil crea oportunidades brillantes. Se admira lo bello con simpatía y seducción. Sobran secretos en el poder de una mirada. Hay que entrenar la mente en la deducción. Todo, está en la impresión que causan tus ojos. Intuición y deducción al ver, veraz. Cuando uno mira debe observar detalles para sacar una conclusión rápida y certera. Al ver y comprobar tus cálculos, verás un mundo de infinitas sensaciones. Esa es la magia que hay que aprender, develar sensaciones...

Papá, te va a enseñar nene, simpatía y seducción son la ecuación que hay que desarrollar. Para caminar heroico *por la vida*. *Para que sepas porque* sendas transitar. Las dos calles de la vida. El bien y el mal. Hay que saber leer los rostros que llevan cargas y códigos distintos. Delinquir es una torpeza severa y grave. Por delinquir, vivirás perseguido hasta por tu propia sombra. Caminar libre es buen negocio. Saber mirar la categoría social, de la buena gente con malos hábitos, es arte. Le pondremos sal, al ejercicio con oportunidades de abordajes diferentes. Verás.

Lo esencial, lo que debes aprender, es a seducir desde un visteo cómplice. Nene, vamos a salir a conocer miradas estafalarias, de chicas rápidas como rayos. Estas chicas ágiles, son atletas profesionales del asfalto. Hay que tener cuidado. Para no confundirse. La confusión induce al error. Mirar, es aprender a deducir. Nosotros, los que no fuimos a la facultad, aprendemos a ver, caminando al pasar atento. Mirar, es un ejercicio interesante. Que se debe aprender con esmero. Gimnasia visual, si se quiere. Saber mirar es comprender el reto. Una mirada brinda datos, si estás entrenado. Sin saber, estás sonado. Hay que ver para comprender. Para sostener una idea sólida. Deductiva, constructiva. Una ardua tarea pensativa. Lea, estudie, aprenda. Una deducción equivocada, te lleva al error. Porqué la impericia, te encierra en el corral de la ignorancia. Hay que desarrollar el "ojo clínico". Saber desconfiar, dudar. La duda te obliga a pensar en otras sendas. Otras hipótesis entran en análisis.

Hay que caminar con humildad por la vida. Sin alardes. No presumir. Saber medir las distancias. Alejarse de las drogas, y polvos raros. El éxito, radica en poder pensar libremente sin aditivos. La droga te controla a vos, saca libertades. Es para incautos. Los hombres cautos, pensantes, no consumen. Tratan de caminar por otro lado. Imite...

Todo lo resuelve una mirada estudiada. Le enseñó a caminar sin sobresaltos entre verdaderos "tiburones callejeros", peces voraces del asfalto. A saber saltar a tiempo para evitar contratiempos. Mientras escribo estas líneas, me acuerdo del "ojo clínico", del "tanito" Salvador. Que tuvo que crecer solito, allá en pueblito de Sicilia, Italia.

Y a Salvador, le gustaban las deducciones libres y los entreveros duros, más que un plato de vermiceli. Atento escuchador, oía más de lo que hablaba. Medido en su léxico, formidable comunicador, preciso. Un peluquero profesional. Un bordador de relatos. Que aprendió a transitar distintas rutas, elegantemente ataviado. Era "psicólogo", decía. Y por "saber oír, ver y comprender", se ubicaba fácil. El saber es almacenar sapiencias estudiando. Buscando buenos ejemplos. Sumando experiencia para ver mejor. Los que saben, no discuten. Omiten, mirando hacia otro lado...

Lea mucho y piense más. Ocúpese de manejar su espacio. Trabaje para usted, ayude al resto, si puede y cree. Aconsejaba lindo. Nunca perdió a su familia que siempre lo esperaba con felicidad marcada. Partió temprano.

Si pudiera verla... Estaría orgulloso al saber que una nieta suya, cursa una Beca en Trieste, especializándose en comunicación de Negocios. Debe saber mirar las diferencias entre productos para ver los resultados. Hoy trabajando en Zurich, Suiza, pone en prácticas nuevas técnicas de miradas atractivas. "Al aprender a ver, veraz un mundo diferente de sensaciones. Hay que aprender a mirar, mirando más, decía..."

ISIDORO GUIDROBROS

Al fondo de las cuevas

(Sur de la Ciudad de México, 1847)

El eco de unas gotas resonó entre las paredes de piedra de las cuevas de San Agustín. «Tlalpan —se recordó el Cojo—. Ahora es Tlalpan, como lo había sido mucho antes». Los lugares y las cosas cambiaban de nombre como cambiaban las generaciones. Todo más de prisa de lo que podía entender. Cuando nació en estas tierras, no solo se le llamaba San Agustín de las Cuevas, sino que había vivido en la Nueva España. Ahora era Tlalpan y vivía en una nación independiente llamada México. Nación independiente que era invadida por extranjeros de otra nación independiente mucho más fuerte.

El Cojo avanzó entre la penumbra con cuidado, los dolores de la pierna recorriendo su cuerpo en cada paso. Pero el tiempo había hecho de esos dolores algo habitual, algo suyo. No recordaba lo que era vivir sin el dolor, o moverse sin la molestia en la pierna. Siguió su paso hacia la luz al fondo, la salida de las cuevas. No estaba tan lejos ahora.

Miró atrás. El Falco estaba a unos pasos de distancia, mientras detrás de este marchaban las tropas estadounidenses con antorchas sobre las cabezas. Los soldados hablaban una lengua extraña y olían peor que él, pero tenían dinero, y por eso los guiaban ahora por las cuevas y los pasadizos.

El Cojo no comprendía por qué estaban aquí o cómo había comenzado la guerra. Poco le importaba. Lo que sabía era que el día de ayer los extranjeros habían marchado por la sierra del Ajusco y posicionado cañones sobre el Xitle, aquel volcán que cientos de años atrás había erupcionado y creado todas estas cuevas de piedra volcánica. El Xitle había dormido por siglos, pero ayer había despertado de nuevo, o eso había creído el Cojo antes de ver los cañones disparar con estruendos hacia las tropas del ejército mexicano. Un verdadero espectáculo, había pensado el Cojo, en especial cuando los mexicanos comenzaron a correr desesperados hacia el norte. Tontos, no sabían que le habría venido mejor esconderse entre las cuevas.

Luego los estadounidenses se habían acercado a ellos, los vagos y bandidos. Los rechazados. Olvidados. Y les habían preguntado si había otra ruta para avanzar hacia la ciudad. El Cojo le sonrió al Flaco, para después preguntar por el precio.

La vida de ladrón, de oportunista y de mentiroso había sido la suya por mucho tiempo. Nada sentía al guiar a estos supuestos enemigos suyos por la ruta escondida que conocía. ¿Qué le debía a los mexicanos? Habían sido mexicanos los que le quitaron todo el dinero a su padre, quien murió borracho. Habían sido mexicanos quienes lo expulsaron de su San Agustín, ahora Tlalpan, primero con las miradas y después con piedras. Habían sido mexicanos los que lo mandaron a vivir en la miseria entre las cuevas. Sus cuevas. Eran suyas, su hogar, y se la mostraría a quien quisiera. Es decir, al que mejor pagara.

Poco patriótico, dirían. Traidor, mal mexicano. Pero poco le importaba el bien, más que el bien de su bolsillo. Al fin de cuentas, los indios de Tlalpan se habían unido a Cortés contra Tenochtitlan, y luego los tlalpeños habían apoyado a los realistas hasta el mero final, aferrándose al rey de España hasta que no hubo de otra. Recordaba que su padre le había contado que todo el pueblo había aclamado al ejército cuando pasaron con Morelos como prisionero antes de ejecutarlo. Así que si todo el pueblo tenía una historia de tracción, él no sería la excepción.

Había aprendido todo lo que se debía de las cuevas. La lección más importante era que uno no se podía confiar. Lo aprendió al caer y romperse la pierna hacía ya más de diez años. Desde entonces se la había vivido mendigando por algo de comida o robando a los viajeros. Su única compañía había sido el Flaco, un joven que por tragedias propias había llegado también a las cuevas. Navegarlas era imposible para todos. Menos para el Cojo. Así que los soldados lo seguían, tratando de mantenerle el paso entre la penumbra y las rocas.

—Ya casi —señaló el Cojo a la entrada, observando al capitán.

—*Can't trust this goddam bastards, sir* —dijo uno de los soldados. No era como que el Cojo le entendiera.

—*They're desperate* —negó el capitán—. *They'll do anything for a couple crumbs. Even become traitors.*

Esa palabra sí que la entendía.

Finalmente llegaron a la entrada. El Cojo se sentó antes de la salida, entre las sombras, junto a una piedra y una de esas zanjias tan comunes y traicioneras que había en las cuevas.

—Aguas con el hoyo —les señaló apertura. Un par de soldados salieron para inspeccionar los alrededores antes de volver. Hablaron de nuevo en su lengua con el capitán y asintieron. El capitán dio una orden y comenzaron a marchar hacia la salida. El Cojo se paró junto al capitán, el Flaco a su otro lado.

—Sobre esa paga que discutimos —dijo el Cojo.

—*Bring the coins* —ordenó el capitán. Un soldado se adelantó y le dio al Cojo un saco lleno de monedas.

—No entiendo su idioma —sonrió el Cojo sintiendo el peso—. Pero entiendo esto.

El Flaco estaba emocionado y le arrebató el dinero. Era un joven alegre el Flaco, quizá la única alegría en la vida del Cojo.

—¡Somos ricos! —exclamó—. ¡Lo hicimos, Cojo! ¡Somos ricos!

—Lo somos —el Cojo le dio un saludo militar al capitán a medida que este salía de la cueva. El capitán le devolvió el saludo mientras que uno de sus acompañantes negaba la cabeza. Poco le importaba al Cojo, había ganado más de lo que ese soldado encontraría en un país tan pobre como México. Eso si no lo mataban en la próxima batalla, o la enfermedad lo alcanzaba, como era tan común a lo largo de la marcha de guerra.

Descansaron ahí por un poco, escuchando cómo los soldados se alejaban. Pobres desgraciados, tendrían que cruzar todavía el río de Churubusco, y el Cojo dudaba que alguien los ayudara en eso. Los mexicanos los esperaban, eso era una certeza, y habría una batalla. ¿Cuántos de estos hombres no verían el amanecer siguiente?

Cuando el dolor de la pierna era menos, decidió que era hora de volver. Pero deseaba volver con menos peso para hacer el regreso más ameno. Mucho menos peso. Las monedas serían ya demasiado peso, debía perder el resto.

Sacó el cuchillo.

—Trae aquí ese dinero, Flaco —le dijo extendiendo la mano—. No es como que tú puedas contarlas.

El Flaco le pasó el saco, pero en el momento en el que sus manos se tocaron, el Flaco vio el cuchillo en la otra mano del Cojo.

—Espera un seg... —sus palabras se perdieron como se le el aire abandonó los pulmones del Flaco al tiempo que el Cojo le clavaba el cuchillo entre las costillas. El Flaco volteó a verlo como si no se lo creyera, como si no entendiera que en las cuevas no hay amigos y uno siempre debe verse por sí mismo. Como si no entendiera que la paga de dos era mejor si solo uno se la quedaba.

No podías confiarte en estas cuevas. No podías confiar en absoluto.

Pero al Cojo se le olvidó que era cojo y viejo, mientras que aunque el Flaco era flaco, todavía era joven. Empujó al Cojo y le arrebató las monedas. Desde el suelo vio al Flaco con una mirada molesta hacia él. Se llevó la mano al cuchillo que seguía entre sus costillas y alzó unos dedos rojos. Abrió la boca pero solo salió sangre. El Cojo trató de ponerse de pie, pero le costó más de lo que le habría gustado. El Flaco comenzó a retroceder, sus pies tambaleándose.

—Maldito... —logró decir con el aire cortado—. Me mataste.

—Flaco —el Cojo se había puesto de pie—. Así son las cosas.

—Des... graciado —retrocedió hasta chochar con la piedra sobre la cual el Cojo se había parado momentos antes. La piedra que estaba junto a la zanja, recordó demasiado tarde. El Flaco tropezó y cayó. No hubo grito a medida que su cuerpo y sus brazos y sus manos desaparecían. Solo el golpe al final. Seguido por decenas de más golpes, agudos contra las piedras, de las monedas que caían al inalcanzable fondo junto con él.

Post Scriptum

El poblado de Tlalpan, al encontrarse en la entrada sur de la ciudad de México, siempre fue un lugar estratégico para quienes deseaban controlar la capital. Desde que Hernán Cortés y sus aliados indígenas llegaron al valle, se aseguraron de tener a los pobladores de Tlalpan de su lado para controlar la calzada sur que llevaba a Tenochtitlán. Cortés después incluyó a Tlalpan a sus dominios del Marquesado del Valle, para asegurarse de tener un control de lo que entraba y salía de la ciudad. Fue un lugar clave en la ruta del comercio que llegaba desde Manila por Acapulco durante la época Novohispana, aunque no tan importante como su vecino Coyoacán. Durante la Independencia se enviaron tropas realistas para asegurar la ruta, y Morelos pasó por el poblado como prisionero de los realistas, quienes tenían el apoyo de los habitantes. Y en

la invasión estadounidense, los ocupantes se aseguraron de controlar el poblado y sus alrededores antes de avanzar. Tras la batalla de Padierna, aunque victoriosos, los estadounidenses temían la vulnerabilidad que implicaba marchar por la calzada, así que buscaron alternativas. Estas se las presentaron vagabundos y delincuentes que habitaban y conocían las cuevas de alrededor, cuevas producto de la explosión del volcán Xitle que acabó con Cuicuilco y que le habían dado el nombre al poblado novohispano: San Agustín de las Cuevas. Estos vagabundos guiaron las tropas para aparecer más al norte sin ser detectados y avanzaran hacia Churubusco. En este cuento quise imaginar e indagar la perspectiva de uno de estos hombres que llevaron a los soldados extranjeros por dichas cuevas.

Adrián Reyes Rosales

LA SOMBRA

En el Éxodo se cuenta como la muerte recorrió las calles del Antiguo Egipto y se llevó con ella a todos los primogénitos, incluido el hijo del faraón. La sombra no distinguía clases sociales. Algunos se salvaron. Tenían una marca sagrada en su puerta. Una marca de sangre que los mantenía a salvo.

Mito, leyenda, teoría religiosa o no, con el correr de los años las marcas en las puertas más que repeler la muerte, la llamaban. Las razones o las sin razones fueron y son múltiples, quienes creen estar exentos, no deberían hacerlo, pues un día todo cambia y estás en el grupo marginal, invisible, peligroso, molesto, indeseado. Más de veinte siglos después una mano negra o sombra funesta avanza sobre la 7 región. Difícilmente puedes escapar de la marca que figura en una puerta, en una libreta o en un dedo índice que señala a los jóvenes al salir de un bar, al entrar a la universidad, al caminar por una plaza, al subir a un colectivo, incluso a un avión. La sombra arrasa y se lleva a todo aquel al que alcanza. No hay un horario específico, no puedes prever con mucha antelación su llegada. Cuando el auto verde llega a tu manzana, con suerte tendrás unos minutos para un adiós, pero no el tiempo suficiente para correr.

Ojos curiosos observan la escena pero nadie se asoma más allá de la mirilla de la puerta, o de la hendidura de la persiana. Miran y temen al mismo tiempo, quieren ser testigos, pero no intervienen por temor. Quizás alguno de ellos es cómplice y marcó tu puerta con sangre. Con tú propia sangre.

Quienes acompañan a la sombra no se sienten responsables por sus actos, dicen obedecer órdenes: cumplir con el deber de marcar y llevarse a los que querían salirse del molde, a los que eran vistos como una amenaza por pensar distinto, por reclamar, por no callarse. Estos títeres siniestros que se llevan personas cumplen las órdenes del Gran titiritero, que los maneja y embiste de poder, uno que caerá en el momento que decida cambiar de planes y soltarles la mano, porque ellos son piezas sacrificables de su gran obra. Y el día que cambie las directivas de su plan, ellos van a ser marcados también. Pero se creen importantes, no quieren reconocerse usados, se sienten poderosos porque infringen temor sobre otros, y no son más que perros falderos, valientes para levantar un dedo contra su propia gente, pero cobardes para levantar la voz contra el extranjero que lo domina y lo somete.

Mi corazón se acelera, me están buscando. Un auto frenó bruscamente en la esquina dándome el tiempo justo para dejar mi testimonio bajo las maderas del comedor de mi casa. Casa a la que se que no volveré. Los que se van no vuelven y es por eso que quiero dejar estas líneas. Espero que quien las encuentre las haga públicas y no se deje ganar por el miedo a ser marcado.

Siento los pasos que se acercan por ambas puertas. Un escalofrío mortal recorre mi cuerpo. La sombra tapa la luz que entra por la ventana. Tengo miedo. Sé que mi fin se acerca.

Mis manos ya no tiemblan pues cumplieron su cometido.

Un golpe seco rompió la puerta de entrada. La sombra y los títeres que la acompañan ya están aquí.

Erica Lorena Peñafiel

Cuento Castrato

Jesús Quintanilla Osorio

Un castrato había sido asesinado después de la última función de las 11 y Mina, la bella bailarina del ballet ruso, encontró su cadáver en el callejón cuando ya estaba totalmente inerte y un hilillo de sangre le salía de la boca, manchándole la hermosa camisa blanca que usaba en el escenario. La policía sospechaba de Unior, un vagabundo que vivía en esos lares, y era propenso a la violencia, pero éste pudo encontrar una coartada: Había cenado con un pendenciero a la vista del alcalde, que no le había quitado el ojo de encima por encontrarlo fuera de lugar en ese restaurante exclusivo, y aunque eso incomodara al político, protegió la reputación del acusado y no fue turnado con la etiqueta de culpable que solían endilgarle.

El asesino, cobijado por el anonimato, parecía sumarse a las sombras, aunque a plena vista del día, sus ojos revelarían extrañas iridiscencias. ¿Quién era el asesino de las sombras?

Solo un escritor desde su buhardilla sabía la respuesta, y se cobijaba en el silencio, y escribiendo sobre el homicida. Mejor en las sombras que muerto.

Otoño

Toda su vida fue ama de casa. Le rechinaba eso de “ama”, porque el “amo”, históricamente, es a quien se lo sirve y obedece. En cambio, a la ama de casa nadie le alcanza ni le sirve nada. Convivió décadas con esas y tantas contradicciones. Hoy está lista para dejar la casa, ya no hay otros huéspedes más que ella misma.

Se arregla su vestido suelto con diseño de hojas de otoño, se calza los zuecos que le van mejor. Se toma el tiempo de desayunar un café con leche a la temperatura exacta que deleita a su paladar. Nadie la critica por lo que hace, ni la apura, ni la presiona. No hay que despertar a nadie, ni limpiar nada. Esperó mucho por este momento. Sus piernas ya no son firmes, su cabello es completamente blanco y no pretende disimular las arrugas alrededor de sus labios. Pone en su bolso un libro y los anteojos para el viaje. Lleva un tarrito de alcohol en gel y toallas húmedas. Aún no se despoja del miedo a enfermarse, justo ahora, que se siente libre. Al salir, no va directo a la estación, sino que pasea un rato por el parque que está más cerca, el aire tibio en su frente le recuerda a su infancia. Lleva pan picado, para las palomas, como lo hacía junto a su madre hace más de cincuenta años. Camina un poco, se cansa. Debe regresar, porque teme que ante cualquier esfuerzo, su ropa interior luzca mojada. Madre de tres hijos, supo tarde que esto le podía pasar. Va y vuelve, esta vez tomará un taxi.

Siente hambre, no se preocupa. Le pide al chofer que se detenga en el primer centro comercial. Allí encuentra un sitio donde el sushi es exquisito. Come detenidamente, concentrándose en que nada se caiga de los palitos. Al terminar, siente sueño y pesadez. Abandona la idea del viaje inicial, como abandonó tantas veces sus deseos. Pero esta vez, ha disfrutado a cada paso.

Victoria Ache

EL AROMA A JAZMÍN

**Katerina Frias
Hidalgo**

Aparco mi coche a aproximadamente un kilómetro del café donde he quedado con Valeria y me dirijo rápidamente hacia mi pasado. La última vez que la vi fue hace casi diez años, durante los cuales me enteraba de su vida solo a través de escasas publicaciones en redes sociales con pocas fotos en las que aparecían más paisajes de sus numerosos viajes que ella misma. Sé de algunos amigos que ella estuvo construyendo una carrera corporativa en Kiiv. Durante algunos años, salía con alguien, pero nunca llegó a formar una familia. La última vez que nos vimos fue en primavera de 2014, después de nuestra separación.

Me la encontré de repente en el centro de Kiiv, cerca de Maidán. Recuerdo que me impresionó lo atractiva y segura de sí misma que se había vuelto: labios pintados de rojo, cabello largo y rizado, chaqueta de cuero negra y jeans ajustados que realzaban perfectamente su esbelta figura.

Una ráfaga de aire helado apaga de inmediato la cálida ola en mi cuerpo que estas memorias acababan de despertar. Hoy en Madrid el día se ha quedado poco típico español. Es febrero, el sol está escondido detrás de nubes plomizas y las traicioneras ráfagas de viento, a veces mezcladas con algo húmedo, ya sea lluvia

o incluso nieve, me hacen perder el equilibrio.

Subiéndome el cuello de mi sudadera hasta casi la nariz, acelero el paso, convencíendome de que no hace tanto frío y que mis músculos recién adquiridos de entrenamientos duros y batidos de proteínas, me mantienen caliente. Espero que Valeria sepa apreciarlos. Al llegar al café donde hemos quedado, reviso la hora en mi móvil y veo un nuevo mensaje suyo. Dice que se retrasará un poquito. Suspiro: "casi mejor, así tendré tiempo para calmar un poco los nervios". Al abrir la pesada puerta de roble, entro al local. Enseguida me envuelve el aroma del café molido y los pasteles recién horneados, como un cálido abrazo. Me siento en la barra y le pido un americano a la barista de aspecto latinoamericano y bien dotada, cuyos ojos son del mismo color que el café que está a punto de servir.

Haciendo el primer sorbo del agradable líquido caliente, saco mi portátil de la mochila y empiezo a escribir. Nada calma mejor mis nervios que esto. El teclado arde bajo mis dedos y me siento como un pianista tocando una apasionada melodía de la vida. Al levantar la vista, me encuentro con la curiosa mirada de la barista y tomo otro sorbo. Buen café, oscuro, cálido, auténtico. La barista se acerca a mí con una sonrisa juguetona y un poco tímida y desliza un pequeño papel bajo mi portátil. Veo su número de teléfono en él, pero en ese mismo momento, la puerta del café se abre y allí aparece *ella*. Mi corazón se acelera, le doy una rápida sonrisa y asiento cortésmente a la barista, guardando el papel en el bolsillo de mis jeans. Al levantarme y dar un paso

hacia Valeria, un inesperado nudo en la garganta convierte mi saludo en una especie de murmullo incoherente. Su cabello es más corto de lo que recuerdo, ha adelgazado un poco y su mirada es más seria, casi un poco triste. Me acerco a ella y, al estilo español, la beso en ambas mejillas. Al tocar su piel fría, reconozco su habitual fragancia de jazmín, el aroma de elegancia y estilo, como antes.

- Vaya frío que hace aquí —comenta ella, algo molesta—. Me esperaba otra cosa, viajando a Madrid. Ni siquiera en Kíiv se pasa tanto frío.

- Exageras, le contesto con una sonrisa, pero al final le doy la razón y cambio de tema. Llevo demasiado tiempo sin verla como para hablar del clima.

- ¿Cómo estás? ¿Cuántos años han pasado? ¿Diez? Me sorprendió tu llamada...

- Me han dicho que estabas en Madrid... Escribiendo libros, —ella alarga la última palabra de una manera extraña, ya sea con admiración o con burla. — Así que decidí aprovechar esta conferencia en la ciudad para verte. — En su momento, me dejó por mi "falta de ambición", pero como descubrí más tarde, la verdadera razón fue el interés personal que su jefe de entonces, el dueño de la empresa, mostraba por ella. Me pregunto cuánto sabe de mi carrera como escritor, si ha leído alguno de mis libros, si siquiera le interesa lo que hago... Y lo más importante: ¿debería invitarla a la presentación? Finalmente, opto por dar poca información, ya que no

estoy muy seguro de sus intenciones.

- Pues sí, escribo un poco, hago algo de freelance, como dicen, manteniéndome a flote. ¿Y tú?

Ella sonríe:

- Trabajando mucho como siempre, ya sabes. Soy jefa del departamento de marketing en nuestra compañía. Hace dos años trasladaron la empresa a Budapest debido al peligro de bombardeos y demás. A mí me vino genial, porque mi jefa se marchó por no querer abandonar a su marido, quien, por estar en edad militar, no puede salir del país. Así que me quedé con su puesto y estoy muy contenta! —Me mira de una manera algo condescendiente, casi desde arriba.

De repente, me siento incómodo. No sé si es porque he perdido varios amigos de la infancia en la guerra y su manera tan racional como habla de la situación de su antigua jefa me molesta, o si es por su mirada arrogante que me hace sentir menos hombre a su lado. Al mismo tiempo capto la sonrisa coqueta de la barista, lo cual me da un chorro de seguridad. Al ver a la morena, Valeria no muestra celos; con un gesto seguro de la mano, la llama y hace un pedido. Pasamos aproximadamente una hora más comiendo empanadillas calientes y hablando de los éxitos laborales de Valeria, de nuestros amigos en común, de la política en Ucrania.

Ella cuenta mucho sobre sí misma y muestra poco interés por mi vida en los últimos años. Me siento un poco idiota por pasar tanto tiempo pensando en ella, imaginando cómo un día llegaría a la

presentación de mi libro y, con ojos brillantes, me diría lo orgullosa que estaba de mí. Parece que a ella no le interesa mucho mi persona, quizás esperaba ver algo diferente, o tal vez a alguien diferente. Finalmente, pago nuestra cuenta y le ofrezco llevarla a casa. Ella se niega, sacando su móvil del bolso.

—No te preocupes, llamaré un taxi, la compañía cubre los gastos, —responde con su característica voz “tengo todo bajo control” mientras desliza sus dedos por la pantalla del teléfono. Asiento y esta vez, al estilo ucraniano, la despido con un abrazo y un beso en la mejilla, deseándole éxito en su conferencia del trabajo y un buen viaje a casa. Ella se va y yo me quedo en el local, con la excusa de hacer alguna llamada.

Abro de nuevo mi portátil, mientras termino el café, ya casi frío. En los mensajes recibidos de mi correo electrónico, veo un email de mi agente con las fechas y horas de las próximas presentaciones de mi novela. "Buenas noticias: la editorial confirmó una reimpresión adicional, la tirada se incrementa a 10 mil, amigo," —leo pensativo el mensaje. Me reaparece la duda: "¿Quizás debería haber invitado a Valeria a una de las presentaciones? Al fin y acabo escribo sobre nuestro país, le podría interesar..." — pero algo en mi cuerpo responde a esa pregunta con tensión. En ese mismo instante, la barista se acerca a mí, interrumpiendo mis pensamientos y preguntando si deseo algo más, ya que ella termina su turno. Me levanto y su mirada asciende hacia mí. Mi posición me ofrece una vista privilegiada de su escote. Controlo mi mirada, ya que no es mi estilo. En cambio, con mi sonrisa

más atractiva al estilo David Beckham, le pregunto cuáles son sus planes para la noche. Noto un pequeño destello de triunfo en sus ojos. Con el tono informal característico de algunas mujeres de aquí, sugiere continuar la noche en un bar de cócteles en uno de los barrios alternativos de la ciudad.

Juntos, vamos en mi BMW deportivo, iluminando las amplias calles de Madrid con los largos focos de luz. Tengo que dar un rodeo por la carretera principal para luego girar en una de las calles transversales. Así llegamos a una intersección, cerca del mismo café donde acabo de tener mi cita destino. O tal vez no tan destino.

De repente, veo a Valeria en la parada de autobús, con el teléfono en la mano. Miransamente la pantalla y luego hacia la carretera principal. "Debe ser que el taxi no llegó," —pienso, y durante unos segundos juego con la idea de ofrecerle ayuda. Mi corazón de caballero ucraniano sufre al ver esta escena: una chica sola, en una fría noche de febrero, en una ciudad desconocida... Pero en ese momento, Patricia, mi nueva conocida, se gira hacia mí con su sonrisa juguetona y me indica la dirección. Su piel desprende el aroma del sol y violetas, una fragancia que curiosamente me relaja.

Entonces entiendo que ya es tarde para jugar al caballero, tanto para mí como para Valeria. Acelero, dejando atrás a mi ex, metafóricamente en el pasado. Parece que el destino ha vuelto a tomar su decisión, de nuevo no a nuestro favor.

Página 30 Visto en redes

Arma tu PERFORMANCE

PRIMER LETRA DE TU NOMBRE:

- | | | |
|---|---------------------------------------|---------------------------------------|
| A: Correr desnudo. | K: Dejarte golpear | T: Autoinfligirse |
| B: Gritar poemas | L: Besar unas patas | U: Masturbarse |
| C: Llorar con los mensajes de tu ex. | M: Chingarse un porrito | V: Clavarse espinas de rosas |
| D: Ahorcar rucas. | N: Grabar una porno | W: Coger |
| E: Beso de tres | Ñ: Golpear una piedra | X: Comer bichos |
| F: Quemar libros | O: Colgar tus nudos | Y: Embriagarte con fourloko |
| G: Fajar bien rico | P: Perrear hasta el suelo | Z: Dejarse tatuar por la gente |
| H: Desnudarse | Q: Bañarte | |
| I: Pintar con las nalgas | R: Tocar un piano con los pies | |
| J: Besar a la gente | S: Autoinfligirse | |

MES EN EL QUE NACISTE:

- | | | |
|---|------------------------------------|----------------------------------|
| ENE: en un museo | MAY: en la universidad | SEP: en una galería |
| FEB: en el metro | JUN: en un cuarto vacío | OCT: en un teatro |
| MAR: frente el palacio de gobierno | JUL: sobre un cubo de hielo | NOV: en la biblioteca |
| ABR: en una Iglesia | AGO: en un bosque | DIC: en una plaza pública |

ÚLTIMO DÍGITO DEL AÑO QUE NACISTE

- | | |
|---|---|
| 1: Para evidenciar el vacío de la existencia | 6: Para darte fin al arte tradicional. |
| 2: Para retratar lo efímero del dolor y del placer | 7: Contra el despojo de las transnacionales |
| 3: Contra la crueldad capitalismo | 8: Para exponer la hipocresía de Occidente |
| 4: Para retratar el fin de la civilización | 9: Como protesta contra la sociedad de consumo |
| 5: Como metáfora del cuerpo como espacio político | 0: Contra la violencia del Estado |

nebula
atolli
ARTE Y CULTURA



EL CEREBRO

"ES EL ORGANISMO MÁS DESTACADO. FUNCIONA LAS 24HS. LOS 365 DÍAS DEL AÑO, DESDE TU NACIMIENTO HASTA QUE TE ENAMORAS."

Yo tengo un CD con la canción de Benny Hiil para cuando en las rotondas no me dejan salir a la primera.

Los guardianes del conocimiento

Es un prejuicio arraigado en la cabeza de las personas que la verdad es tan vieja como el hombre, y si no tan vieja como el hombre, pues ha habido muchos tipos de hombres, al menos tan vieja como el lenguaje articulado. Antes del surgimiento del Homo sapiens, han existido otros hominos que, muy probablemente, disponían del lenguaje articulado. Por ello, se supone que si la verdad es tan vieja como el lenguaje articulado, entonces es más vieja que el Homo sapiens mismo; es tan vieja como el primer homino que habló de forma articulada.

Me despierto cada día con la sensación de curiosidad que me ha acompañado desde la infancia. En mi pueblo, rodeado de colinas y campos verdes, cada rincón guarda una historia y cada persona, un secreto. Esta mañana no es diferente. El sol se cuele por la ventana de mi habitación, proyectando sombras danzantes sobre las paredes blancas. Me levanto con la certeza de que hoy descubriré algo nuevo.

Salgo de casa y me encuentro con doña Rosario, la vecina que siempre me saluda con una sonrisa y con palabras amables, me brinda una taza de café.

—Buenos días, Juanito. ¿Cómo estás hoy? —me pregunta mientras riega sus flores. —Buenos días, doña Rosario. Estoy bien, gracias. ¿Y usted? —dije, deteniéndome a observar las hermosas flores que adornan su jardín.

—Ay, hijo, estos días me pesan los años, pero sigo adelante. La vida es así, ¿no crees?

Comprendo sus palabras en lo más profundo. La vida en el pueblo tiene un ritmo pausado, una cadencia que se siente en cada paso, en cada mirada. Tras tomarme el café, continúo mi camino hacia la plaza, donde me espera mi amigo Pedro. Nos conocemos desde niños, y juntos hemos explorado los rincones de este lugar.

—¡Juanito! —exclama Pedro al verme—. Hoy tengo algo exclusivo para mostrarte.

Curioso, lo sigo sin preguntar. Pedro siempre tiene cosas variadas entre manos, y sé que hoy no será la excepción. Caminamos por sendas que conducen lejos del pueblo, hacia una colina que se alza en el horizonte.

—¿A dónde vamos, Pedro? —pregunto finalmente, intrigado.

—Paciencia, amigo. Ya verás.

Al llegar a la cima del promontorio, Pedro se detiene y señala una pequeña cueva oculta entre los arbustos. La entrada es estrecha y oscura, pero la emoción es contagiosa.

—La descubrí hace unos días —dice, iluminando la cueva con una linterna—. Vamos, entremos.

La gruta es fría y húmeda, y el eco de nuestros pasos resuena en las paredes de piedra. Avanzamos con cautela, hasta que Pedro se detiene frente a una inscripción en la roca. Las palabras están talladas con esmero, y aunque el tiempo las ha desgastado, aún se pueden leer.

—Mira esto —dice Pedro, señalando la inscripción—. Es un mensaje muy antiguo. Me acerco para leer mejor. Las palabras hablan de una verdad escondida, una verdad que solo puede ser revelada por aquellos que buscan con el corazón y no con los ojos. Un escalofrío recorrer mi espalda. ¿Qué significa esto? ¿Qué verdad se esconde aquí? —Pedro, esto es increíble. Pero, ¿qué hacemos ahora? —pregunto, sin apartar la vista de la inscripción.

—Creo que debemos buscar pistas. Si este mensaje está aquí, seguramente habrá más en otras partes de la cueva.

Pasamos horas explorando cada rincón, cada grieta. Encontramos otras inscripciones, dibujos y símbolos que parecen contar una historia olvidada. Al final del día, estamos agotados pero enardecidos por los descubrimientos.

—Mañana volveremos con más equipo. Esto es solo el comienzo —dice Pedro, con una chispa de entusiasmo en sus ojos.

Sabemos que estamos en el umbral de algo grande. Nos despedimos y regreso a casa con la mente llena de preguntas y el corazón latiendo con fuerza. ¿Qué verdad hemos descubierto? ¿Qué historias guardan estas paredes de piedra?

Esa noche, sueño con la cueva, con las inscripciones y con una voz antigua que susurra anónimos al oído. Me despierto con la sensación de que estamos a punto de desvelar algo que cambiará nuestras vidas para siempre.

Los días siguientes están llenos de exploración y descubrimiento. Cada nuevo hallazgo nos lleva profundo en la historia oculta del pueblo. Descubrimos que la cueva fue un refugio para antiguos habitantes, que dejaron sus mensajes para los que vendrían después. Hablan de épocas de posibilidades y de una verdad que trasciende el tiempo. —Juanito, mira —dice Pedro un día, sosteniendo una pequeña caja de madera—. Estaba escondida en una rajadura.

La caja está cubierta de moho, pero al abrirla hay un pergamino cuidadosamente enrollado. Con aptitud temblorosa, lo desplegamos y leemos su contenido. Habla de un tesoro oculto, un tesoro que no es de oro ni de joyas, sino de conocimiento y sabiduría. —Este es el verdadero tesoro —dice Pedro, con una sonrisa—. El conocimiento es la mayor riqueza que podemos encontrar.

Estoy de acuerdo. La verdad es que lo que hemos descubierto no es tangible, pero es poderoso. Nos ha enseñado sobre nuestro pasado, sobre las personas que vivieron aquí antes y sobre la importancia de buscar la verdad.

Un día, mientras exploramos una sección particularmente profunda de la cueva, escuchamos un ruido sordo. La tierra tiembla y las rocas comienzan a caer. Nos miramos con pánico, sabiendo que debemos salir de rápidamente.

—¡Corre, Juanito! —grita Pedro, empujándome hacia la salida.

Logramos escapar justo a tiempo. Al llegar a la entrada de la cueva, nos damos cuenta de que una parte de ella se ha derrumbado, bloqueando nuestro acceso. Estamos cubiertos de polvo y respiramos con dificultad, pero estamos a salvo.

—Eso fue cerca —dice Pedro, con una sonrisa nerviosa—. No podemos rendirnos ahora. Hemos descubierto algo estratégico, y vamos a seguir adelante.

La cueva está cerrada por ahora, pero nuestra búsqueda de la verdad no ha terminado.

Nos despedimos, sabiendo que llegan pasos seguros en el viaje.

En los días que siguen, compartimos el hallazgo con los demás habitantes del pueblo. Organizamos charlas, donde exhibimos las inscripciones, los dibujos y el pergamino. Todos están impresionados por la historia oculta del pueblo y por la verdad que exponemos.

—Es increíble, Juanito —me dice doña Rosario un día—. Nunca imaginé que el pueblo guardara historias ocultas.

—Sí, doña Rosario. La verdad siempre estuvo aquí, esperando ser descubierta.

Seguimos explorando, persiguiendo pistas y compartiendo los hallazgos. La cueva está cerrada, pero la existencia que descubrimos ha abierto las mentes y nuestros corazones. Aprendimos que la verdad es difícil de encontrar, pero aparece si se busca con pasión. Un día, mientras estoy en la plaza, reflexiono sobre los descubrimientos en la cueva, Pedro se aproxima y se ubica a mi lado.

—Juanito, he pensado —dice, con una mirada pensativa—. La verdad que descubrimos es el comienzo. Hay más por descifrar y mucho que aprender.

—Tienes razón, Pedro, el viaje apenas comienza.

Miro hacia las colinas donde la cueva guarda sus secretos y englobo que la verdad es una búsqueda continua, una aventura que no termina, y mientras tenga deseos de aprender, cosas nuevas llegaran a mi entendimiento.

—Juanito, ¿qué crees que encontraremos la próxima vez? —pregunta Pedro, con una sonrisa.

—Estoy seguro de que será algo maravilloso.

En ese momento un ruido ensordecedor que proveniente del cerro nos atemoriza. Pedro y yo corremos hacia las alturas, seguidos por la muchedumbre. Al llegar a la entrada de la cueva descubrimos que es transitable.

Miguel Rafael Pérez Hernández.

Río Grande do Sul, Brasil,

Un paraguas para la llovizna

Andrés Toro

No alcanzó a cruzar por mucho que corrió, tendría que esperar los noventa segundos que marcaba el semáforo. Cada golpe de la lluvia sobre el paraguas le daba una leve satisfacción. Se había tomado la molestia de revisar el pronóstico del día y había salido preparado del apartamento. Se creía con la autoridad de mirar con superioridad a la multitud a su alrededor, pues aquellos sin protección para la lluvia no eran precavidos. Pasado el minuto y medio, por fin podía cruzar. Tenía veinticinco segundos antes de que se pusiera en rojo de nuevo, pero no era necesario correr, por lo que solo apuró un poco su caminar. Ya en el otro lado decidió seguir por el camino para atravesar el parque y compensar el tiempo perdido.

Venía, en dirección contraria, el dependiente de la tienda a la que solía ir a hacer la compra. También caminaba rápido, pero para no mojarse. Lo quiso saludar, hasta levantó la mano libre, pero el hombre no le correspondió, solo siguió su trayecto. Nunca habían intercambiado más palabras que las necesarias: quiero esto, dame aquello y todo te saldría en tanto. Tal vez no lo reconoció, ese día se afeitó y por primera vez se había dejado el bigote. Además, ambos iban a un buen paso, quizá no quiso ignorarlo. Pasado el parque, dobló a la derecha y siguió por el andén de la avenida. De pie en la parada de bus se hallaba la vecina. A veces tomaban juntos el bus de la madrugada para ir al trabajo de cada uno. Conversaban un poco, aunque no se salían del manual de preguntas de protocolo: ¿cómo estás? ¿Qué has hecho? Hubiera ido a saludarla con un abrazo, pero ella estaba empapada, por eso decidió llamarla y sonreírle desde lejos. Al mismo tiempo llegó el bus, pero ella alcanzó a escucharlo, se volteó y solo lo miró con una cara de extrañeza antes de darle la espalda y montarse. ¡Qué ingrata! La próxima vez ni se sentaría a su lado. Puede que ella deseará subirse lo más pronto posible, pero la lluvia ya la había lavado y estaba seguro de que ella lo había escuchado y, aun así, prefirió ignorarlo. Por muy enojado que estuviera, el hambre y la hora de su cita le preocupaban más.

Ya se encontraba en la puerta del restaurante cuando sintió que alguien le tocaba el hombro ¿El responsable? Un excompañero del colegio con quien no se encontraba desde el bachillerato. Lo notó muy cambiado. Sus amigos lo molestaban por ser escuálido, pero ahora tenía un cuerpo relleno y había perdido la cabellera. Los hoyuelos en los cachetes y el lunar en la oreja lo delataban, si no, jamás sabría que era él. Estrecharon las manos desocupadas por sostener los paraguas. Le contó que volvió a la ciudad después de estudiar en el extranjero. Allí había conocido a la mujer que luego se convertiría en su esposa. Eso explicaba su cambio físico, nada llena y engorda más que el amor y nada hace caer el pelo como el matrimonio. Se prometieron quedar en verse algún día. Tenía la sensación de que sería una de esas promesas que se hacen por cortesía, pero que muy bien se sabía que ese encuentro terminaría en eso, una promesa. Su amigo se despidió y se alejó por la acera. Entró al restaurante y guardó el paraguas en una esquina de la entrada para que no se le olvidará al salir. Se creía consciente de sus virtudes y fortalezas, pero estaba muy seguro de sus deficiencias, y la memoria no era una de ellas, así que prefería dejarlo en un lugar donde pudiera verlo antes de irse. Se sentó en la mesa de siempre y ordenó lo de siempre. Comió con calma a pesar de haber quedado en encontrarse con su novia en el parque para ir al cine. Había compensado lo que se tardó en el semáforo al cortar por el parque, además de que había planeado su almuerzo para tener tiempo de sobra para llegar al punto de encuentro. Mientras comía, la lluvia amainó. Terminó, se levantó y quiso recoger sus cosas. Cuando buscó el paraguas no lo encontró. Alguien lo debió confundir y se lo llevó. Él podría ser olvidadizo, pero jamás confundiría su paraguas con el de alguien más. No tenía de otra que salir sin su paraguas, si se ponía a buscarlo llegaría tarde, así que abrió la puerta y se dirigió a donde su novia estaría.

La mayor desgracia de usar gafas para él era la lluvia. No solo la vista se fragmentaba con las gotas, sino que además, debido a la cálida temperatura corporal y el usual frío que acompaña la lluvia, los lentes se empañan. Ver a través le parecía muy difícil. Tampoco tenía mucho sentido limpiarlas porque a los pocos segundos vuelven a estar igual. Se las quito, aunque sabía muy bien que entre las gafas empapadas y sus ojos miopes no había mucha diferencia. Por eso no le extrañó estrellarse con una persona. Lo que sí le pareció raro fue que esa persona no lo había estrellado, sino que lo había abrazado. Él la separó, era una mujer que de ningún lado le sonaba. La mujer lo llamaba por su nombre, le preguntaba por su paraguas, que si lo había perdido otra vez, y hasta le ofreció resguardarse con ella de la lluvia. No reacciono como normalmente lo habría hecho, empujándola y diciéndole que no lo toque, pero pensó que debía de ser una loca a la que habían dejado sola. Hasta le decía que tenían que irse rápido porque llegarían tarde a la función, ¡pobrecita! Él solo la miró desconcertado, se giró y siguió su camino. Se zafó de la señora y siguió su camino. Ella se quedó atrás plantada en la mitad del parque, viéndolo caminar. Ya en su apartamento fue a desvestirse y darse un baño caliente, sentía como si se le olvidaba hacer algo, como si tenía algo programado. Descartó la idea y entro a la ducha, se tomaría los tres minutos usuales en la ducha y en menos de cinco estaría en su cama leyendo un libro, lo usual en su rutina diaria.



CIELO ENTERRADO

Bárbara Muñumer

Tengo un sueño que se repite una noche tras otra como si fuera un dibujo de Escher. He decidido escribirlo. En mi sueño yo ya no era yo. Mi nombre lo había perdido. Ninguno de nosotros tenía nombre, de hecho. Éramos los mineros, nada más.

Olía a barro, a polvo, a épocas lejanas, a algo muy antiguo que no supe cómo definir. Me encontraba en un paraje árido, desértico y llevaba una túnica marrón y polvorienta atada al cuerpo, igual que otros compañeros que venían a mi lado. Su textura me recordaba a los sacos de esparto, porque me rascaba la piel. Seguíamos a una carreta vacía tirada por un par de caballos zaínos. Observé, mientras respiraba aire caliente, las largas hileras de carros de ladrillos cocidos a nuestro alrededor. Al mirar hacia arriba, entorné los ojos y mi estómago pareció darse la vuelta: a unos cuantos kilómetros se veía una línea fina que parecía balancearse en el aire ardiente como un hilo de lana colgado del cielo: la famosa torre de Marbal-la, una de las maravillas del mundo, un coloso de barro cocido al sol. A medida que nos acercábamos, la costra oscura que rodeaba esa brizna fue definiéndose como la muralla que rodeaba la ciudad. Un río cercano estaba excavado debido a las extracciones de arcilla para moldear ladrillos. A lo lejos se vislumbraban las Cuevas de Hades, muy características por su forma de calavera.

Cuando me aproximé a las puertas de la ciudad, decoradas con pavos reales azules enmarcados en oro, mis compañeros y yo no podíamos dejar de mirar hacia arriba: la torre era mucho más enorme de lo que imaginaba y llegaba tan alto que se perdía más arriba de las nubes grisáceas. Era un coloso cilíndrico que ya llevaba dos siglos en construcción. El cuello comenzó a dolerme de mirarla.

—Mineros y constructores, ya sabéis que tenéis que subir para cavar. Seremos los primeros en tocar la bóveda del cielo y llegar al Paraíso —nos dijo un hombre bronceado con aretes de oro en la nariz.

¿Subir para cavar? La cabeza me daba vueltas. Contemplé a los fabricantes de ladrillos y, junto a ellos, a los hombres morenos y enjutos que transportaban las carretas. Escuché que un ladrillo tardaba en subirse hasta la cima meses, por lo que su coste era bien valioso, mucho más que la vida del minero que caía al vacío.

Atravesamos el patio colosal que rodeaba el edificio y contemplé su base cuadrangular. Parecía un templo, un zigurat antiguo que soportaba ese cilindro titánico. En torno a la torre, como serpientes, se enroscaban un par de rampas entrelazadas. Su borde exterior estaba decorado por balaustradas de columnas de barro. ¿Cuánto se tardaría en subir hasta arriba para seguir elevándola más al cielo? La obra ya estaba muy avanzada, pero seguro que aún faltaban meses. Lo siguiente que recuerdo es que me encontraba subiendo por las rampas de la torre. Eran bastante anchas como para que pasara un minero y un carro de ladrillos al mismo tiempo. Su superficie era polvorienta y estaba marcada por los dos siglos de surcos y pisadas. Las columnas de la balaustrada hacían que el sol entrase a jirones. Sentí el frescor del viento, tan refrescante allí y no viciado como el aire polvoriento del desierto. Hacia abajo se veía la serpiente negra del río que nos rodeaba. También contemplé las Cuevas de Hades, que, desde allí, parecían calaveras que sonreían burlonas. La ciudad de Marbal-la empezaba a convertirse en un hormiguero laberíntico de calles y edificios apretados a medida que subía y subía. Observé cómo uno de mis compañeros se aferró a uno de los escalones como un tejón. Tenía lágrimas en los ojos y los labios apretados. Otro minero, de pelo negro y rizado me miró y dijo:

—Hay hombres que tienen miedo a las alturas. Se aferran a la tierra y no pueden continuar subiendo. Este lo ha sentido nada más comenzar.

—¿Y tú no tienes miedo? —le pregunté.

—Claro que sí, como todos. Siento un cosquilleo en los pies y en las palmas de las manos —susurró.

—Supongo que no estamos acostumbrados a las alturas —dije yo.

—Sí, y una vez en ellas, la locura puede apropiarse de nuestras mentes.

—De algún modo, nosotros siempre estaremos apegados a la tierra. Solo somos humanos, no dioses.

Un viento nos enfrió hasta los tuétanos, como si no fuéramos bienvenidos y nos quisiera derribar. Intuí que sería más fuerte a medida que ascendiéramos.

—El sol se está poniendo. Nunca lo había visto desde esta altura —dijo mi compañero. Y se sentó con las piernas colgando por la balaustrada de la escalinata.

Yo tenía mucho miedo, pero accedí. Las montañas ya estaban a oscuras, pero nosotros estábamos a tal elevación que seguíamos viendo el sol. Marbal-la, que ahora ya sí semejava un hormiguero, fue engullida por las sombras y estas comenzaron a reptar lentamente como serpientes por la torre. A medida que se acercaban, parecieron galopar como caballos hasta que nos sumimos en el crepúsculo. Me tumbé sobre el vientre y vi cómo los hilos sanguinolentos y violetas de la luz solar se deshacían por ese cielo cobre. De manera gradual, el firmamento comenzó a perder luminosidad, mientras el astro se hundía hasta sumergirse en el Hades. La noche solo era una sombra.

La siguiente imagen de mi sueño, ocurre en unas terrazas que rodeaban la torre. Estaban cubiertas de tierra. Los Jardines de Urano, los llamaban. Eran pequeños oasis en un mundo vertical en el que los señores podían descansar mientras tomaban vino de dátiles y veían a los obreros trabajar. Una de las señoras, ataviada con una túnica verde jade bordada con hilo de oro, tomaba higos y miel con una niña pequeña. Esas familias nunca habían pisado la tierra. Siempre habían vivido en las alturas. ¿Cómo podían vivir en un lugar donde, al mirar para abajo casi siempre se veían campos de nubes grises? ¿No echaban en falta la tierra? El verde, el marrón... Aquí solo se veía el etéreo cian del cielo que, a medida que nos elevábamos, se aclaraba más. La bóveda del firmamento sería blanca pura.

Los astros ahora se veían mucho mayores. Echado sobre mi hamaca, que colgaba de las columnas de las rampas, observé el primero de ellos, pues ya estábamos a su misma altura: el ojo brillante de la luna, blanco marfil enmarcado en negro humo, inundaba un cuarto de la superficie del firmamento. Contemplé sus mares grises perla durante lo que me parecieron horas. Qué ínfimo es el ser humano y qué triviales sus asuntos: motas de polvo arrojadas al espacio infinito como sus infinitas lunas de cristal, cobre y oro.

Cuando llegamos a la zona de la torre que estaba a la misma altura del sol, nos dijeron que ahí no iban a construir ninguna vivienda ni terraza para cultivar. Solo la fachada y las rampas para subir. Esta parte del sueño la recuerdo muy vívidamente: las telas que me envolvían estaban empapadas en sudor. Además, mi piel, aunque oscura, estaba quemada y reseca. No podíamos construir apenas, pues el barro se cocía solo. Uno de esos días vi cómo mi compañero se desmayó. A mí no me dejaron acercarme y lo llevaron a las dependencias interiores de la torre, pero el agua a esas alturas era escasa y los señores no iban a desperdiciarla en un operario. Cené una de las cebollas que nos dieron, salada y ya sin su compañía.

También recuerdo la parte en que construíamos encima de la altura del sol. Al mirar el paisaje sentí un pequeño mareo. Ya daba igual mirar arriba o abajo. No se veía el suelo, solo nubes tanto en la parte superior como en la inferior de la torre. La sensación de continuidad había desaparecido y el viento silbaba fuertemente. Me ordenaron que me sentara, pero al cabo de unos minutos me mandaron al trabajo de nuevo. Sentía cómo el cielo me rechazaba y la tierra me negaba lo que anhelaba por haberla abandonado. ¿Serían los primeros síntomas de la locura que atenazaba a muchos de los trabajadores? Cerré los ojos y respiré hondo. Continué. En aquellas terrazas, las plantas crecían para abajo y algunas estrellas podían verse ya a plena luz

del día. Por la noche, contemplé cómo viajaban y se movían. Me quedé extrañado: las estrellas no eran estáticas ni inmutables. También parecían rozadas por el tiempo, quien, por ende, las convertía en mortales.

En unos días llegamos hasta la bóveda del cielo. No me había equivocado: era totalmente blanca y lisa. Allí no oía a nada y el viento no soplaba. Sentía la sensación de que el mundo se había dado la vuelta. Froté mis manos sudorosas y, después, el pecho desnudo. El corazón me martilleaba. Era un techo sólido, me dije. No podía caerse si estaba conformado por los dioses. Arriba, entonces, se encontraba el Paraíso. Pero, ¿alguien podría vivir allí? ¿Algún humano podría vivir a centímetros de ese cielo sólido? ¿No caeríamos en la locura?

Me fijé en que no era el único que mostraba inquietud ante la bóveda. Además, mis compañeros tardaban bastante en subir, como si ya no quisieran llegar al deseado final. No había rostros alegres. Nuestra propia naturaleza no estaba construida para residir en el cielo. Contemplé el paisaje: el techo blanco del mundo colgaba ante nosotros y se fundía en el horizonte púrpura y lavanda sobre una manta de tierra y mar.

Comenzamos a pensar cuál sería la manera de atravesar la bóveda. La toqué con mis dedos. Era lisa y fría, parecía mármol. Los mineros deliberamos que la mejor manera era picar y hacer un túnel hacia arriba. Quitamos golpe a golpe, trozo a trozo, piedras blancas como nieve helada. Separamos, de este modo, bloques inmensos. Introducíamos cuñas de madera también para desunirlos, e incluso, comenzamos a cavar una escalera ascendente en el túnel, como si se tratara de un camino dentro de una montaña. Al fin escuchamos cómo, al otro lado, sonaba a hueco. Nos faltaba muy poco para llegar al Paraíso.

Al llegar a esa conclusión, escuchamos un ruido, como si una montaña hubiera estallado en dos y, después, un rugido creciente. Sentí cómo mi cuerpo se estremecía de miedo. ¿El cielo se despedazaba? Contemplé cómo las rocas blancas caían sobre los cuerpos de mis compañeros. Yo me aferré a la escalera que habíamos creado y subí, subí, subí más alto que ningún hombre. Si tenía que morir, moriría lo más cerca del cielo. Sentí mayor vértigo que nunca. Cuando llegué hasta el final de la escalinata, no vi nada. Nada. Es imposible describir lo inefable de aquel lugar sin colores, sin luz, sin oscuridad. Es imposible imaginar la Nada, pero yo la vi con mis ojos. No sentía tampoco el tiempo. Después, lo que recuerdo es que la oscuridad me envolvió por completo. A tientas, palpé una pared húmeda y rocosa. La luz se encontraba al final y me dirigí hacia ella. Por fin llegaría al Paraíso.

Salí de unas cuevas con forma de calavera hasta un lugar árido y desértico. Olía a polvo. A lo lejos, un hilo de barro pendía del cielo y, a su alrededor, una ciudad marrón se encontraba en torno.

La bóveda del cielo se encontraba bajo la tierra.
Y yo despierto para volver a soñarlo.



Una foto muy larga

Luis Oróstica M.

Hoy visitaremos la Plaza Mayor de la ciudad y para ello viajaremos en metro-dijo el papá-Salieron del zoológico al metro. Las personas los miraban. Algunos se acercaron para sacarse una foto con ellos. Sergio, el representante del zoológico dijo muy cortésmente: - solo si la familia Jifo lo permite-. Alfonso de inmediato fue a posar para las fotos. Ofelia solo aceptó si era una foto familiar. Y de pronto, la familia Jifo con muchas personas se immortalizaron en la primera foto familiar. Era una escena gigantesca unas jirafas gigantes y muchas personas desesperadas por tomarse una foto con alguien importante y curioso riendo. Inmortalizar el momento. Luego, bajaron por la escalera. Muy lentamente para no tropezar. Sergio con su voz grave les abrió espacio. Los Jifo recibieron su tarjeta del metro y pasaron el torniquete de control. Con sus patas largas pasaron sin problemas el torniquete. En el andén se acomodaron para ingresar. Llegó el metro. Y gran problema: sus cuellos eran muy, muy laaargooooos. La gente se quedó extrañada. Algo habían visto en las noticias, pero ahora estaban ahí. Para algunos causando problemas, para otros una situación simpática. Un pasajero dijo: ¿por qué no caminan mejor? Alfredo, el papá, solo lo miró, mientras intentaba ingresar al metro. Tuvieron que viajar con sus cuellos doblados ante la mirada atónita de toda la gente y quedaron sorprendidos al descubrir que los humanos y las jirafas no se peleaban. Fue un momento revelador y un recordatorio de que, a pesar de las diferencias, todos somos parte de un mismo mundo. Ofelia juntó a su mamá Alfonsina, miró una jovencita que veía su celular, mientras su mamá cargaba bolsas del supermercado. Pensó, en la selva nos ayudamos en familia para sobrevivir. Alfonso, por su parte, entablaba conversación con toda persona que veía o se le acercaba. Algunos se corrían molestos. Unos jóvenes se acercaron para burlarse de él.

Alfonso no les había dicho nada, pero ellos comenzaron a bromear de sus colores y manchas y patas largas. Sergio, se percató y muy diplomáticamente les dijo: -jovencitos, la familia Jifo son invitados especiales de la ciudad, podrían tener un comportamiento acorde a la buena convivencia. Los jóvenes lo miraron extrañados y uno dijo a otro ¿qué significa "diplomático" o algo así? -no sé. Respondió su amigo y se retiraron. Las risas y los susurros inundaban el vagón, pero eso no detuvo a esta valiente familia. Decidieron solucionar el problema siendo creativos. Alfredo sugirió que cada uno se colocara en diferentes áreas del vagón. Los cuellos de mamá y papá jirafa se pegaron a las ventanas, mientras que el joven Alfonso y su hermana Ofelia se acomodaron en lo alto, sostenido por el techo del vagón. Algunas personas los consideraron simpático y para hacer causa común apegaron sus rostros a la ventana y las paredes del metro. Ofelia dijo-estilo jirafa-(pegados a la ventana en el metro). Una risa contagiosa inundó el carro. Alfonso no quiso quedarse atrás y comenzó a cantar una vieja canción con una gran voz: -cuatro jirafas se trasladaban por la



línea de un metro. Mientras reían y balanceaban mucha gente acompañaba- Un niño dijo- mamá esa canción no es de unos elefantes. Sí hijo, pero quizás estemos frente al hit del momento. Y de pronto todo el vagón cantaba: -¡¡cuatro jirafas!! se trasladaban por la línea de un metro. Mientras reían y balanceaban mucha gente acompañaba- -¡¡cuatro jirafas!! se trasladaban por la línea de un metro. Mientras reían y balanceaban mucha gente acompañaba- Sergio miraba y reía muy feliz. El carro era una melodía de agrado por compartir un mismo espacio. A pesar de la dificultad para acomodarse, la familia Jifo estaba disfrutando de su aventura en el metro. Observaban fascinados las personas de diferentes edades, culturas y profesiones que se encontraban en aquel pequeño espacio. Se sorprendieron al ver a músicos ambulantes tocando melodías alegres, a personas leyendo libros y a niños jugando con sus juguetes favoritos... Al día siguiente...se dirigieron a...

Voyerista

Y no era él—y lo reconocía con envidia—el que había estado, en el auto, esperando a la niña de negligé rosado, su vecinita, para llevársela quien sabe dónde. Y la imaginación le mencionaba esa conexión implícita en unas películas que había visto hace tiempo, entre el pop-corn con mantequilla caliente y el semen, y estaba el hábito de practicar fellatio en los automóviles entre los adolescentes, que, quería creer, todavía era vigente. Pero no convenía pensar mucho en eso: cuando uno comienza a preocuparse de esas cosas, a veces uno termina por obsesionarse. Había que estar al tanto, distraerse, hacerse conjeturas, pero todo en forma fácil y descuidada. Mañana es sábado. No se trabaja, entonces él podía dedicarse tranquilamente a su observación. Además, siendo la niña tan joven, y habiendo salido de casa en forma clandestina, tenía que regresara a una hora relativamente prudente. Sería interesante ver cómo se las arreglaba para entrar. Ahora casi todas las familias que viven por aquí ponen dos o tres cerrojos en sus puertas, o viven en complejos habitacionales, verdaderas fortalezas suburbanas con guardias, murallas, alarmas electrónicas, cámaras de video, aunque las estadísticas dicen que el crimen disminuye año a año. El cuarto de la niña estaba en el segundo piso. A lo mejor al día siguiente, por la mañana, mientras cortaba el pasto o lavaba el auto, iba a poder conversar un poco con los vecinos. La madre era alta, angulosa, de cabellos muy rubios. El padre de estatura mediana y más bien gordo —como él—de aspecto latino, con unas manos regordetas y muy peludas en el dorso. El día anterior había estado lloviendo—una de esas súbitas y furiosas tormentas de verano— la chica se había bajado dando un portazo de un vehículo (BAM) y había corrido riéndose al interior de la casa con algo amarillo, una casaca de hule, con el capote echado sobre la cabeza. Parecía delgada, quizás angulosa, como la madre. Había podido ver algo del muslo y de la pantorrilla, delgada pero bien formada, de una niña que se habría matado de hambre hace un par de años, antes que los cantantes y celebridades latinos y afro americanos pusieran de moda otra vez la carne. De seguro que había andado con shorts debajo del impermeable, cuya capucha al descender le había mostrado una tez mate, seguramente herencia del padre.

Jorge Etcheverr

Aforismos de Tegerucho de Montijo

Mientras vivamos, nosotros somos el privilegio.
Hay que cuidar a quien no lo es, empezando por
nosotros.

El tiempo no es el enemigo...es el único regalo
que recibimos todos.

El ser humano es el animal del que se perdieron
las instrucciones.

El mundo se hizo redondo para que cada cual
siga su camino... y acabemos encontrándonos.

El mayor derecho humano que existe es a
equivocarse... pero todos tienen razón.

Pretender un mundo justo es ser humano... y
estar loco.

El mundo es un caos, necesitamos tolerancia y
lucha. Doy gracias porque tengo amigos
verdaderos.

Un suicida es alguien que no sabe cómo quererse
para salir adelante.

Somos un avatar que conecta con las estrellas.

Más vale equivocarse y vivir bien que tener razón y
ser un pobre desgraciado. Lo aprendí de los
malvados
y de las mujeres.

Las sociedades de consumo esclavizan al resto
del mundo y eso no debe llamarse precisamente
superioridad moral

Yo tenía mi equilibrio, pero la gente decía
"Mal..." Intenté hacer las cosas bien y perdí mi
equilibrio. Si me quito mi parte loca, dejaría de
tener gracia.

Cada vez tengo más claro que si digo lo que
pienso me quedo solo. Este debe ser el silencio de
los viejos, que nos acaba matando.

Cada uno/a acaba siendo un intento de respuesta
al absurdo, si no te ha matado antes.

Cuando muera, llora porque me amaste, nunca
porque me perdiste.

Daniel Collado Azorín